

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 8 DE AGOSTO DE 1910

NÚM. 1.493

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



LA LECCIÓN DE MÚSICA, cuadro de Gabriel Metsu que se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York

Gabriel Metsu, nacido en Leyden en 1615 y fallecido en Amsterdam en 1658, es uno de los más notables pintores de la escuela holandesa, no obstante lo cual nada se sabe acerca de su vida, ignorándose hasta quién le inició en el arte en el que tanta gloria había de alcanzar. Según unos, su maestro fué Gerardo Dow; según otros, Gerardo Terburg, y hay quien opina que fué Mieris; pero, según la crítica ha demostrado, ninguna de estas hipótesis puede considerarse admisible. Las figuras de Metsu no tienen la sequedad que lleva consigo una ejecución demasiado acabada; su colorido es admirablemente armónico, y en sus cuadros la perspectiva nada deja que desear.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Las grandes escritoras modernas. Ellen Key*, por Angel Guerra. — *El mono sabio*, por Noguera Oller. — *París. El nuevo embajador español. El nuevo presidente argentino Sr. Sáenz Peña. Valencia. Abanderamiento de los nuevos vapores correos de África. El crucero italiano «Pisa»*. — *Medalla-dije conmemorativa. Barcelona. Colonias escolares. El misterio del cuarto amarillo* (novela ilustrada; continuación). — *Notas deportivas. La aviadora señora Frank. La vuelta á Francia en bicicleta. La capilla expiatoria de Monza. Un ciclón en Italia.*

Grabados.— *La lección de música*, cuadro de Gabriel Metz, que se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York. — *Retrato de la escritora Ellen Key. Vendedor de periódicos. Descanso*, cuadros de Maximino Peña. — *Amores célebres. Isolda junto al cadáver de Tristán*, dibujo de G. C. Wilmhurst. — *París. El nuevo embajador de España acompañado del jefe del protocolo. El Sr. Pérez Caballero y el personal de la embajada española. El Sr. Sáenz Peña dirigiéndose al ministerio de Negocios Extranjeros. El ministerio de Fomento á bordo del «Luis Vives»*. — *Vapores correos de África de la Compañía Valenciana fondeados en el puerto de Valencia, el día de su abanderamiento. Jabalí acorralado por la jauría*, cuadro de J. B. Gelibert. — *Regreso de la casa del lobo*, cuadro de María Calvés. — *El crucero italiano «Pisa»*. — *Excursión al Tibidabo en honor de los marineros italianos. Medalla-dije regalada por la guarnición de Cataluña á las damas de la junta del «Nadal del Soldat»*. — *La aviadora señora Frank gravemente herida. Lapize y Faber, ganadores del primero y segundo premio respectivamente de «La vuelta á Francia»*. — *Monza. Capilla expiatoria erigida á la memoria del rey Humberto de Italia. Un ciclón en Italia. Casa destruida en Busto-Arsizio. Talleres del ferrocarril Norte-Milán, en Saronno, perjudicados por el ciclón.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

A decir verdad, así como D. Juan Tenorio no creía en la otra vida, yo no creo en la aviación. D. Juan el burlador se equivocaba de seguro, y yo probablemente me equivoco. Pero mientras no venga la estatua de D. Gonzalo á sacarme del error, sin poderlo remediar seguiré escéptica.

Es preciso que me explique. No es que niegue los progresos conseguidos en el empeño de la conquista del aire. Se ha hecho mucho, ¡quién lo duda! Lo que sucede es que ese mucho no tiene importancia, desde el momento en que no asegura un medio de comunicación en que los peligros no pasen del máximo, verbigracia, á que alcanzan en el automovilismo. En el automóvil hay riesgo; en el automóvil hay percances. Sin embargo, el automóvil no es contingencia de muerte probable. Dado el número de automóviles que por ahí corren, el peligro apenas alarma.

El de la aviación cada día parece más serio. No se ve progresar á ese *sport*, en proporción con el gran esfuerzo que se está consagrando á su desarrollo, á solucionar sus problemas.

* *

Realmente, hace falta ser muy decidido, tener barba el alma, para lanzarse, como la baronesa Laroche, (¿será baronesa?, varona sí, de fijo) á arrostrar tan horrible batacazo. No le quedó á la pobre señora hueso que bien la quisiese. Se partió todo lo partible, y la rota tibia le agujeró la carne de la pierna. Estremece leer el relato. No se comprende cómo mejora, cómo va á escapar para contarlo, y hay que repetir lo que decía un individuo, sabiendo que un niño, despedido por la ventanilla de un tren á toda velocidad, no se había muerto: «O milagro, ó de goma.»

Verdad que hace tiempo que el sexo llamado débil, en los Circos, se sube á lo más alto de un trapecio colgado de la techumbre, se coloca de blanco para que un juglar dispare cuchillos ó un tirador pruebe su destreza con balas, sostiene pendiente de la dentadura á un jayán que pesa sus cien kilos, y realiza á caballo ejercicios dignos de la reina de las Amazonas, que se llamaba, si la memoria no me es infiel, Pentesilea. Con todo esto, parecé que, mientras la humanidad no sale de su elemento natural, se explica mejor su arrojo. Y el aire no es un elemento natural humano, salvo para los fines de la respiración.

Y sin embargo, ¿quién será el que no haya soñado con el vuelo? Si lo que soñamos expresa un misterioso aviso de la fantasía anticipándose á la ciencia, ¿qué aspiración más general, qué instinto más fijo que el de lanzarse al aire?

En un cuento he referido un hecho auténtico, la historia de la pobre «loca del aire», aquella enamorada que, deseosa de ir al encuentro de su amado, se lanzó contentísima desde una azotea del manicomio, como si sintiese alas en sus espaldas. El hombre á quien tanto quería la había dicho «eres aire, eres más fría que el aire» y ella, desde entonces, prestando absoluta fe á la voz querida, vió en el aire su elemento.

La aviadora de amor llegó al suelo ya sin vida, como era presumible. ¿Quién podrá afirmar que su desvarío fuese mayor que el de los Icaros que pilotando un monoplano ó un biplano se arrojan al aire denodadamente? Por lo menos, el amor tiene sus «glorias ciertas» como dijo el clásico, mientras que la gloria de los aviadores, sobre ser asaz incierta, va repartiéndose en porciones mínimas, según aumenta el número de los que se arriesgan á tanto. Los nombres de las víctimas forman interminable lista, y si esto es halagüeño para la humanidad, demostrando que posee abnegación, no es posible que el nombre de cada uno de esos mártires del progreso adquiera la resonancia que ha tenido y conservará el del padre Icaro, abogado y patrono (si hubiese santos en la mitología) de los aviadores habidos y por haber.

¿Existió Icaro, ó es su historia un bello mito que expresa y simboliza ese anhelo de imitar á las aves, inherente á la naturaleza humana? La fábula nos dice que Icaro era hijo de Dédalo, otro personaje antiguo á quien hoy debieran reconocer por precursor los empresarios que en París se ganan muy buen dinero con la exhibición de Palacios mágicos, laberintos árabes, y otras fantasías. En realidad, la parte de invención aviatoria correspondió á Dédalo y no á su hijo, porque fué Dédalo mismo quien ideó, para escapar del laberinto de Creta, donde Minos le había encerrado, las consabidas alas de plumas pegadas con cera. Icaro, llevado de un ansia noble, de un entusiasmo férvido, lo que hizo fué desoir el consejo paternal, que era el de no remontarse demasiado; el mismo consejo que dió á Sancho Panza su amo el buen D. Quijote (á quien han dado en llamar unos cuantos literatos *nuestro Señor*). Icaro, imprudente, se remontó cuanto pudo atraído por la hermosura y magnificencia del Sol, y el Sol, cruel y celoso, derriñó las alas del atrevido, que cayó precipitado al mar Egeo, (después Icaro). No le hubiese acacido esto al padre, hombre avisado y cauto, que reunía á sus condiciones de excelso artista otras de hombre práctico y vividor, hasta un poco más allá de lo lícito y decoroso, puesto que en la corte de Minos empleó los recursos de su arte y de su extraordinaria habilidad, en favorecer el antojo extraño de Pasífae, fabricando la figura de vaca dentro de la cual había de colocarse la neurótica reina. Al rey Minos, esposo de la antojadiza, hubo de parecerle mal el asunto, y por eso fué lo de encerrar al padre y al hijo en el laberinto que había construido el propio Dédalo, pero del cual, por lo visto, no acertaba á salir...

Fuese ó no fuese un mito gracioso lo de las alas, y deban ó no proceder de trece siglos antes de Jesucristo los intentos de aviación, ello es que el problema, sin verdadera solución continúa. Y no lo digo yo; lo dice Edison. Por bastantes años no desaparecerán las fronteras, ni sucederá ninguna de esas cosas graves que nos anuncian. Hay muchos inventos que, cuando parecen acabados, están naciendo. Y esto sucede á la aviación.

* *

La sensación del peligro, que es un atractivo en determinados casos y para algunas personas, no puede menos de ser, para la inmensa mayoría, una rémora. Mientras el aviador vaya como va, en ocasión próxima de muerte, la aviación no pasará de *sport* caprichoso y no habrá muchos viajeros del aire.

Se ha hablado estos días del valor de la baronesa de Laroche; pero no me parece inferior el de otra mujer española, no aviadora, sino aeronauta; la señorita Corominas. Esta señorita está todos los días en el aire, si cabe decirlo así. Continuamente realiza ascensiones en el globo que ella misma maneja y tripula. Sola, intrépida, va á donde la lleva el viento, que puede arrastrarla hacia el mar, ó precipitarla contra los tejados. Una tarde, desde las ventanas de mi torre, vi que pasaba por la carretera un coche ocupado por una mujer, al parecer enferma, arrebujada en un mantón. Dos horas después, supe que era la valerosa aeronauta, que había tenido que caer en una aldehuela, y que, aterida de frío, después de haber atravesado la bahía de la Coruña en una noche de niebla, volvía á la ciudad á reponerse de la aventura. No creo que haya hombrada superior á la de esta mujer, que se pasa una noche de cerrazón sobre el mar, en un globo, sin esperanza de auxilio huma-

no. Cualquiera día sabremos que la señorita Corominas ha tenido la suerte de Icaro, con la diferencia de que no darán su nombre al mar donde se zambulla. Ni siquiera la quedará el consuelo de ser incluída entre los mártires de la ciencia, puesto que los globos no dirigibles, los aerostatos que el viento se lleva á donde quiere, han pasado á la categoría de juguetes de chiquillos, y sus tripulantes sufren el riesgo y no ganan el mérito.

* *

Diariamente en Madrid, las señoras que se pasean por la Castellana ven, en el aire, un punto que decrece ó que aumenta visiblemente de grandor, y que se cierne majestuoso ó se aleja raudo. Es el globo de la tarde. Al principio, las miradas, como atraídas por imán, se dirigen al cielo, siguiendo las bellas evoluciones del globo. Ahora, ya ni una lánguida ojeada le acompaña en su camino de aventuras. ¡Que se rompa, si quiere, el pescuezo ese loco! No se pronuncia la frase, pero es muy verosímil que esté en el pensamiento de la inmensa mayoría de las hijas de Eva que en landó ó en automóvil pasean su aburrimiento por las calles de árboles y el piso de asfalto. ¡Que se lo rompa de una vez! Así no volverán los periódicos ilustrados á publicar su retrato; á lo sumo, publicarán la instantánea en que se ve la masa informe del aeroplano destrozado, hecho añicos, y al lado el cuerpo inerte del aviador...

Desde luego, reconozco que, si fuese asequible perfeccionar la aviación se habría realizado la revolución más enorme en el planeta. Con las ventajas del pez y del ave, ¡qué facilidad para toda especie de empresas no tendría el hombre! Por desgracia, le sucede lo que se deplora en una décima de Calderón:

«Nace el ave; y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
ó ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
surca con velocidad,
negándose á la piedad
del nido que deja en calma.
¡Y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad!»

No cabe duda; el hombre, eterno Segismundo, goza mucha menos libertad que el pájaro... Su lucha por plagiar el mecanismo mediante el cual las aves recorren el espacio tan sosegada, airosa y ágilmente, parece un pleito perdido, pues el ave no corre más peligro que el que supone la escopeta del cazador, y nosotros, ambiciosos insensatos, llevamos cincuenta probabilidades, por lo menos, de hacernos tortilla, cuando invadimos el *stand* de las golondrinas y de los vencejos.

* *

La frase, tan manida, «no está en su elemento» es la única que expresa la situación del hombre al emprender la conquista del aire. Pero ¿cuál empresa habrá que el hombre no acometa? Bajo tierra se ha organizado el dominio de la mina; el mar lo tiene subyugado; se le resiste aún el aire... ¿Lo dominará? Yo no lo espero; y sin embargo, misterioso anhelo me sobrecoge cada vez que el globo pasa. ¿Qué traerá el porvenir? ¿Una victoria más de la inteligencia sobre la materia? ¿Una serie de sorpresas admirables, cuando, sin necesidad de caminos ni de billetes y hasta sin equipaje, vayamos y vengamos cual los pajaritos, registrando rincones antes desconocidos, conociendo razas, pueblos y gentes nuevas, plantando la enseña de la civilización donde no se soñó ni con ver la cara de un hombre blanco... Porque muchas regiones del globo están inexploradas aún, y quedan infinitos salvajes en su superficie, (tomando la palabra en su sentido puramente clásico, y prescindiendo de los que nos rodean, y salen á relucir cuando la ocasión es favorable). ¡Oh, si esta victoria de la humanidad luchadora y laboriosa ha de obtenerse, que se obtenga pronto, y que yo la vea! Porque siento no sé qué desconfianza invencible, el recelo que inspira la limitación de la máquina, que no pasa de cierto punto, que se niega á avanzar mucho más tercamente que un ser orgánico. Digo lo del gitano: creo que ha de venir Nuestro Señor, pero ya veréis cómo no viene... Ya veréis cómo no andamos en aeroplano, los que estamos á bien con nuestra osamenta, sin que por eso seamos ningunos apocados y cobardes. Ya veréis cómo eso no se arregla, porque hay un límite á las ambiciones, y no siempre triunfa Prometeo, y suele estrellarse Icaro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS.—ELLEN KEY

Uno de los talentos más sólidos y de los que más decisiva influencia han ejercido y continúan ejerciendo sobre la sociología contemporánea, es, sin duda alguna, el de Ellen Key.



Ellen Key

Nada menos interesante que la vida de esta mujer. Sencilla, sin hechos de resonancia, lo único que en ella interesa es su esfuerzo intelectual.

«He nacido—ha escrito—para vivir en el campo y en la soledad, pero he sido educada por la acción social y la simpatía humana.» Y ahí, en esas palabras, está toda la clave de su existencia. Su apostolado social ha sido pacífico. Ha venido predi-

cando con la palabra desde la cátedra y con la pluma desde el libro. No ha sido Ellen Key un temperamento de acción al modo de la francesa Luisa Michel, ni como la rusa Vera Figner. Han llevado éstas un revolucionario espíritu de combate, siempre en actuación. Las mismas mujeres inglesas, á pesar del carácter flemático de la raza, muestran ardores desusados en la propaganda de las ideas, llevando á todas partes, personalmente, el ansia catequizante. Las mujeres escandinavas son más serenas, muy poco dadas á las campañas extremas de exhibición y de batallar continuo, prodigando su acción en todas partes. Sin embargo, esta obra lenta, metódica y reflexiva de las mujeres escandinavas, ha sido mucho más fecunda que la labor de inquietud, de energías desatadas, que han realizado las mujeres en los países meridionales.

El feminismo ha llegado á ser en los países nortños una realidad histórica, una verdadera función social. La mujer ha recobrado cierta independencia, ha conquistado la igualdad de derechos ante el código civil y hasta la igualdad política dentro de un amplio régimen constitucional. En Noruega y en Finlandia—de abolengo sueco—las mujeres son elegibles y tienen legítimo acceso al Parlamento.

Mientras tanto, en los países meridionales, agitando más, aun redoblando los esfuerzos en la propaganda y en la lucha, la mujer no ha podido ni civil ni políticamente rebasar su antigua condición, siendo más sus deberes morales que sus derechos sociales.

Sin duda alguna, Ellen Key es uno de los espíritus que más han contribuído á la emancipación de la mujer en los países escandinavos, y cuyo ascendiente intelectual se deja ya sentir, con toda gravedad, en el movimiento de las ideas que actualmente andan en circulación por todo el mundo.

La gran escritora, si bien nacida en Sündsholm, allá en un rincón de la Suecia, ha buscado Copenhague para encontrar un campo de expansión á sus campañas. Ha venido á Dinamarca para conquistar á su causa el continente europeo. Y lo ha conseguido.

Los detalles íntimos de su vida, ¿qué importan? Acaso fuesen interesantes, si ella los hubiese revelado, los momentos de incertidumbre, de desesperanza y de tragedia espiritual por que, allá en las mocedades ya lejanas, había pasado su alma. Inquietudes religiosas, que al sufrirlas hondamente fundieron en nuevo molde su alma, arraigando en ella creencias sólidas y una fe firme al pasar con aires de tormenta un escepticismo desesperado que había marchitado la lozanía de la fe primera: crisis de amor en que su corazón, víctima de uno de esos desengaños que matan en flor todo el encanto de la vida, había llegado á pensar en la muerte á violencia como solución única que trajese la paz y el olvido, lograron dar una orientación nueva á su existencia, templando sus sentimientos al fuego de otros amores más altos y de otros más grandes ideales en que poner toda la ternura y toda la ardiente exaltación de un corazón que había aprendido á llorar inconsolable por los desdenes de un hombre, cuando era necesario que aprendiera á llorar el eterno dolor de los hombres.

Así esta mujer, que había nacido para vivir en las intimidades del hogar, que acaso entonces hubiese circunscrito su horizonte al interior de la casa familiar, transformóse completamente. Fracasada en su acción privada—ni amada ni amorosa—entró de lleno en la acción social. Quiso servir la causa de la

mujer en términos amplios, su causa, la causa de todas las mujeres. Y ella, tan individualista, tal vez sin quererlo, por forzosa imposición de las realidades, se convirtió en un propulsor de las energías colectivas y de sus ideas generales.

Supo llegar al sacrificio de todo en culto á esas ideas. ¿No fué Ellen Key la que con más tesón defendiera la independencia de Noruega? Bjørson, que abrazara esta causa, puso en su actitud un espíritu de justicia, pero también su cariño al natal terruño. Porque el gran dramaturgo era noruego. Pero Ellen Key ahogó sus sentimientos patrióticos, porque comprendió la razón que asistía á Noruega para reclamar su independencia. Y mantuvo su actitud á prueba también de los ataques con que, en esa cuestión, la combatieron sus compatriotas, llevados del chauvinisme más frenético, igual que los ingleses imperialistas persiguieron á Lloyd George, hoy tan en predicamento, cuando contra las garras del leopardo británico defendió el derecho á la independencia del solar nacional en las humildes gentes transvalenses.

Y esta superioridad que concede á las ideas sobre los sentimientos, la traduce también en su labor educadora de disciplina social. Desengañada del amor—y por añadidura de manera tan trágica—hasta el punto de renunciar á todo ensueño que pudiera trocarse en una efectiva realidad, sin embargo, ¿cómo esta mujer no hace más que predicar el amor, como si éste fuese la sola esencia de su espíritu?

Es que su amor tiene un concepto más trascendental y más alto del que le conceden cerebros vulgares que viven á ras de tierra.

«Es preciso—ha dicho en uno de sus libros—que el amor sea creador, si no de vidas, al menos de obras nuevas para que de esta manera los que aman y sobre todo la humanidad queden enriquecidos.»

¿Cuáles son las ideas que expone Ellen Key? Son varias, complejas, aunque juntas bien pudieran formar un cuerpo de doctrina. Conviene declarar que no se quedan en la región de lo abstracto, con toda la rigidez de un tratado de Filosofía. Son ideas que se acoplan á las realidades y que procuran traducirse en hechos. Pasan de la mente á la vida, circulan y van encarnando poco á poco en la sociedad contemporánea, haciendo que ésta adopte una espiritual contextura nueva.

Para exponer todas las ideas, aun las más genéricas, que sustenta Ellen Key, sería necesario ir espigando, paciente y estudiosamente, en sus libros, en *El siglo de los niños*, en *La fe en la vida* y en *Amor y matrimonio*. El análisis y la anotación sería obra lenta de crítica; la exposición complicada, al ordenar en grupos las ideas por categorías.

Pero, á la ligera, para dar una impresión en total de la labor intelectual de esta gran escritora, bien puede desentrañarse el espíritu de sus libros. Los caracteres de éstos son de educación, de disciplina, de pedagogía social. Las ideas que se lanzan á las multitudes, como se arroja la semilla á la tierra, carecen de virtualidad si no arraigan profundamente en las conciencias, si no se las asimila y las traduce en dinámica social el alma colectiva. Los sembradores de ideas son muchos; pocos los cultivadores de inteligencias, los educadores de pueblos.

Quiere Ellen Key robustecer el encanto del hogar—tomando la palabra en su sentido espiritualista—y quiere también la perpetuación de la familia. Para llegar á conseguir la resolución de ese transcendental problema, ella se atiene á las pequeñas y vulgares realidades de la vida. Base de todo hogar y de la familia es el amor. Pero ¿no ha de tener éste sus condiciones? El amor debe ser educado sabiamente, como se educan otros sentimientos, el del deber, el del honor, el de la probidad, el de la modestia y el de la justicia. Las exaltaciones pasionales no son el legítimo amor que embellece, al unirlos, dos vidas. El vértigo de unas horas de romántica locura puede, con el error y más tarde el desengaño, traer enormes consecuencias.

Además, en el matrimonio, hay que tener en cuenta las responsabilidades morales y el quebranto social. Son casi siempre un peligro los matrimonios prematuros y los matrimonios consanguíneos. Y ¡la herencia morbosa! Ellen Key, como Ibsen en *Los Aparecidos*, plantea y resuelve el problema con el mismo criterio inflexible de condenación para los que, enfermos, alcohólicos, dan vida á seres idiotas, locos, criminales, á quienes hacen desde el nacer infelices.

En este problema del amor indudablemente representa el primer papel la mujer. Ella es la que mantiene el calor santo del hogar y es la que, llamada á la maternidad, forma á la maternidad, forma á la

medida de sus ideas y de sus sentimientos las nuevas generaciones, las nuevas familias.

El culto del hogar es lo que predica con mayores fervores Ellen Key á la mujer. Pero, es necesario educarla para esa alta función social. La ilustre autora de *Amor y matrimonio* rechaza la educación de la mujer moderna, ya sea en la frivolidad, ya sea en un exagerado sentimiento de la independencia. En parte, siente una devota simpatía por el antiguo tipo femenino.

Así ha escrito, con gran clarividencia de la realidad: «La mujer moderna ha perdido el reposo, la ecuanimidad, la sensibilidad que antes la acercaba á la naturaleza por su hermosura sencilla y su ingenuidad cordial. Cuando el hombre tornaba junto á la mujer amada, olvidaba sus preocupaciones, sus desengaños, sus cansancios; purificábase á su contacto, calmándose su espíritu como en medio del silencio de un bosque. Pero, actualmente, la mujer está también preocupada y se siente deprimida de ánimo con sus problemas, sus fatigas, sus tormentos y sus desilusiones. Ha sido rechazado su cuadro; su libro no tuvo aceptación; su labor está mal pagada; se halla en vísperas de sufrir un examen. El hombre tropieza á cada paso con la individualización de su mujer. Así la encuentra distraída, preocupada, sospechándola indiferente á su amor ó que se ha vuelto insensible. Y, sin embargo, como ha dicho Carlos Albert: *El amor requiere calma y espacio para soñar; no puede conformarse con las migajas de nuestra personalidad.*»

Trátase nada más que de la educación de la mujer para la vida del hogar. Claro es que Ellen Key no acepta los hábitos creados por la antigua educación femenina. Quiere que esa labor de pedagogía social haga de la mujer, un tipo de la «casada perfecta»—muy distinta á la soñada por nuestro glorioso Fray Luis de León—que se amolde á las condiciones del vivir en los tiempos nuevos.

«Cuando las mujeres modernas—dice—sepan unir á su valor, á su magnanimidad, á su fuerza moral, la calma espléndida y saludable, la placentera abnegación de otras épocas, entonces se convertirán, y sólo entonces, en seres verdaderamente superiores.» Y añade: «Lógico es el deseo de la mujer contemporánea de contemplar la vida á través de sus propios ojos y no por los ojos de sus maridos, como antaño; pero ¿conservarán también la facultad de ver todas las cosas buscando en ellas la manera de mejor comprender el espíritu del ser amado?»

Ellen Key declara que la contestación es difícil. Hay que espiritualizar el amor, despojándolo de sus humanas groserías.

No hay que hacer sabias é independientes, ni igualarlas en derechos civiles y políticos al hombre. Esta es una finalidad secundaria. ¿Qué importa que la mujer entre de lleno en la vida pública, interviniendo con personalidad propia, en las luchas políticas, en las batallas de los intereses económicos encontrados? La mujer tiene un círculo propio: el hogar. Esa es su primera función social. Y, por ley de naturaleza, ella está llamada á la maternidad augusta. La humanidad, los altos intereses de la especie, la eterna renovación de la vida ¿no ganarán más con que las mujeres privilegiadas aumentasen la estirpe, que con que dieran un buen libro ó un magnífico cuadro ó una ley sabia?

Lo urgente es que la humanidad se perpetúe; lo principal es que las familias se constituyan sobre bases sólidas, más sólidas que las presentes. Y ese será el milagro del amor, de un amor abnegado y espiritualista. Que no enlace los seres ni la frivolidad, ni el orgullo, ni la ambición. Esos son los lazos matrimoniales muchas veces, pero son también los grandes disolventes de la familia. Ellos llevan á las brutalidades de los dramas pasionales y ellos por el desmayo de la fidelidad conyugal, llevan á desvincular los santos lazos familiares.

El destino de la mujer es el hogar y su función sagrada es la maternidad. Este es el criterio de Ellen Key, contrario á las exaltaciones del feminismo contemporáneo que formula absurdas reivindicaciones.

«Las mujeres—dice—superiores tanto física como intelectualmente son los factores más grandes del perfeccionamiento de la raza y si renuncian á la maternidad ó se conforman con un solo hijo por el egoísmo de no renunciar al trabajo, consagrarán su obra personal en vez de dedicar á la humanidad la riqueza de su sangre, su fuego creador, la hermosura de sus cariños y la esencia de sus pensamientos.»

Esta propaganda de Ellen Key ha ganado ya todo el mundo. Es ella una de las más grandes figuras en el momento presente.

ANGEL GUERRA.

EL MONO SABIO

Nosotros los cuentistas que colaboramos en las ilustraciones, cometemos, con bastante reincidencia, el pecado de desatención con la parte quizá más ávida y más atenta de nuestros lectores.

Me refiero al casi, casi imperdonable olvido que observamos para con la infancia.

Quiero por lo tanto, alborotados muchachotes y lindas niñas mías, reconciliarme hoy mismo con vosotros. Y para que nuestra buena inteligencia sea mayor, os hablaré de la sorprendente y poco conocida aventura de un mono sabio.

Algo lejísimos de una hermosa aldea, había la pequeña casa de un labrador apellidado el avaro, por su immoderado y feo vicio de atesorar.

Tened siempre presente, amiguitos míos, que el pecado de guardar grandes sumas de oro improductivo, causa la pobreza de nuestros semejantes, pues el progreso de las naciones depende mucho del mayor tráfico de riquezas entre sus naturales.

Como os decía, el avaro habitaba una casita de muy malas condiciones y cuidaba un reducido terreno de secano que escasamente cubría sus necesidades y las de sus hijitos, un niño y una niña muy bellos y bondadosos que enflaquecían de hambre, cuando podían, sin duda alguna, teniendo en cuenta el oculto dinero de su padre, andar muy decentemente vestidos, bien alimentados y concurrir á la escuela, pues en el pueblo se decía que, á querer, el avaro labriego podría ser uno de los hombres más influyentes de la comarca.

Un anochecer tuvo que llegarse á la población para cobrar los más crecidos intereses de una exigua cantidad que había prestado.

Se disponían á cerrar la puerta de la casa como les había mandado su padre, cuando Miguelín, saltando al cuello de su hermana, que era mayor que él, preguntóle palpitante de alegría:

—¿Oyes? ¡Viene! ¡Viene!

—¡Caramba! Estáte quieto, ¿Qué es lo que va á venir?

—¡El mono sabio! ¡El mono sabio! Pero tú no sabes quién es, ni lo que hace el mono sabio... No cierres. Quiero darle pan. ¡Sí, sí! ¡Quiero darle pan!..

—Padre va á pegarnos.

—¡No, no!. ¡Una miaja así!. ¿Ves? ¡Así!. ¡Es más bonito! ¡Sabe hacer unas cosas!. Verás, verás. ¿Te acuerdas del rey de la guardia civil?.. (Se refería al teniente.) Pues bien, va vestido igual, igual que el rey de la guardia civil. El sombrero no. Me acuerdo mucho. No lleva sombrero. Se saca y se pone muy aprisa un casquete semejante al del señor cura, con borla también... Sí, sí; sino que es todo rojo y dorado... ¿Oyes qué música más bonita? Son los cascabeles del hombre del mono sabio. Es un hombre alto, alto, muy alto, que se parece mucho al San Agustín de la parroquia, con una barba blanca, blanca... y un gorro de obispo todo lleno de cascabeles... Mueve la cabeza, ¡sis-sas, sis-sas!, y los cascabeles hacen una música... ¡Oh!. ¡Y el bombo y los platillos!. Verás, verás,

En esto el vagabundo tan deliciosamente descrito por Miguelín apareció en el vacío del portal.

El primer impulso de Margarita fué el de cerrar la puerta. Le causó mucho espanto la semigrotesca silueta de aquel hombre que moviendo un



Vendedor de periódicos, cuadro de Maximino Peña

pie, las manos y la cabeza producía un ruido tan inusitado en aquella triste y silenciosa hora de la puesta del sol.

La infancia se repone muy pronto y más pronto aún se deja ganar el corazón por todo cuanto des-



Descanso, cuadro de Maximino Peña

pierta su curiosidad; así es que, lo mismo el vago que el mono, consiguieron entrar muy fácilmente en la casa y quiso la Providencia que á excepción de lo que acostumbra á resultar de semejantes visitas, fuese para labrar la dicha de aquella familia miserable.

El mono se portó á las mil maravillas como sabio concienzudo que era, honrando así á todos sus colegas que en aras de la ciencia recorren el mundo. Tocó la guitarra. Chilló. Fumó en pipa. Desenvainó la espada. Hizo pim, pam, pum con la escopeta, molió café y saludó á los dos hermanitos, que batiendo palmas se apresuraron á dar á tan admirables huéspedes pan, vino y patatas para que cenasen.

Pero como siempre sucede que tras el buen tiempo llega la tempestad, pronto se oyó muy cercana de la casa la seca voz del labriego que se despedía de un amigo tan avaro como él.

Corrieron á cerrar la puerta, mientras el vagabundo con toda su carga se escondía en el granero.

Llegado que fué, cenó, regateando alimento á sus hijos, y como que la monomanía de ser robado no le dejaba nunca, miró más la puerta sacudida por el viento que el plato. Pero el ladrón conocía una entrada más segura y tardó muy poco en colarse en la casa por la chimenea del hogar.

Echóse, cuchillo en mano, contra el labriego, atóle al barandal de la escalera y desenterró el oro.

El vagabundo comprende que sus lindos y tiernos protectores van á quedar en la mayor miseria y decide defender el tesoro.

Lucha con el ladrón, pero le asiste tan poca suerte, que cae bajo las rodillas del desalmado.

No abandona, empero, su serenidad, y reuniendo toda su voz exclama:

—¡Fuego, sin piedad!..

Cuatro ó cinco golpes descargados contra el bombo por el mono sabio aturden al ladrón, el cual, no distinguiendo tan extraño ruido, duda un instante, tiempo suficiente para que el vagabundo, revolviéndose contra él, pueda reducirle á la impotencia, atándole codo con codo.

Después, como todos los vagos usan de buen humor, se planta en medio de la estancia y tomando un aire marcialmente napoleónico grita:

—¡Carga de bayoneta! ¡Ar!..

Y aparece el mono sabio, saltando por sobre la mesa y apuntando el fusil contra el ladrón, que se muerde los labios.

El avaro queda tan atónito, que su cerebro sufre la más sana de las alteraciones.

El vagabundo, con gesto de autoridad, reduce á silencio la ruidosa carcajada con que los niños han recibido á tan inteligente y famoso personaje con rabo y dice al labriego mesurando todas y cada una de sus palabras:

—La caridad de tus hijos te ha librado de una ¡y buena! Ya ves á lo que conduce tener mucho dinero en casa. Emplea, pues, tu tesoro en la compra de tierras y de una granja digna de ti. Serás dichoso, respetado y querido de las gentes y labrarás de paso la felicidad de los trabajadores que tengas á tu servicio.

El labriego se apresuró á seguir consejo tan atinado, después de ofrecer al vago algún dinero y mucha amistad.



ISOLDA JUNTO AL CADÁVER DE TRISTÁN, dibujo de G. C. Wilmhurst

La primitiva leyenda de los amores de Tristán é Isolda, probablemente de origen celta, es de fecha remotísima. Popularizada en el siglo XII por los bardos del Norte de Francia, no tardó en transmitirse á otras literaturas, como la española, italiana, alemana, eslava y escandinava, recibiendo últimamente su consagración, por decirlo así, en el imponente drama musical de Ricardo Wágner.

Tristán, sobrino del rey Marke de Cornualles, fué á Islandia á pedir para éste la mano de la bella Isolda, hija del rey de aquel país, á la que se llevó consigo. En el viaje, Tristán é Isolda bebieron el filtro destinado á Marke y á la que debía ser su esposa, y el más ardiente amor encendió sus corazones. La pasión de los dos amantes logró burlar la celosa vigilancia del viejo esposo, de cuya corte huyó al fin Tristán, refugiándose en la del rey Artús y casándose allí con otra mujer, también llamada Isolda. Este nuevo amor no logró, sin embargo, apagar en el pecho del mancebo el que por la otra Isolda sentía; y huyendo á su vez de la corte del rey Artús, regresó á Cornualles para reunirse con aquella á quien no podía olvidar; pero en el momento en que iba á juntarse con ella, fué asesinado, é Isolda, que acudió á su lado, murió sobre el cadáver de su amante.

PARÍS.—EL NUEVO EMBAJADOR ESPAÑOL.—EL NUEVO PRESIDENTE ARGENTINO SR. SÁENZ PEÑA

El día 29 del próximo pasado julio efectuóse el acto de presentar el nuevo embajador de España en

á los útiles resultados que son de esperar de la colaboración de ambas naciones en los asuntos marro-

ciando frases de viva simpatía hacia España y sus soberanos.

Después el embajador y el personal de la embajada fueron acompañados á su residencia con el mismo ceremonial que á la ida al Elíseo.

Como en todas las capitales que últimamente ha visitado, el nuevo presidente de la República Argentina Sr. Sáenz Peña ha sido objeto en París de las más afectuosas y entusiastas atenciones, no sólo en los centros oficiales, sino también de parte de valiosos elementos y aun del pueblo, quienes han querido agasajar al dignísimo primer magistrado de una nación que siempre, pero ahora muy especialmente, ha causado la admiración de los pueblos europeos por su riqueza, por su laboriosidad y por su incesante obra de civilización y de progreso.

Llegó el Sr. Sáenz Peña á París, acompañado de su distinguida esposa y de sus hijas, en la noche del 27 de julio último, siendo recibido en la estación por un representante del gobierno, por los miembros de la legación argentina y por gran número



El nuevo embajador de España Sr. Pérez Caballero, acompañado del jefe del protocolo Sr. Mollard, dirigiéndose al Elíseo para presentar sus credenciales al presidente de la República Francesa. (De fotografía de M. Rol.)

Francia, Sr. Pérez Caballero, sus cartas credenciales al presidente de la República.

El Sr. Mollard, introductor de embajadores, y el Sr. Douchement, subjefe del protocolo, fueron á buscar al embajador y al personal de la embajada, y en coches de gala, seguidos de una escolta de coraceros, los condujeron al Elíseo. Allí fué recibido el Sr. Pérez Caballero con los correspondientes honores militares y á los acordes de la Marcha Real.

Introducido cerca del presidente, á quien acompañaban el ministro de Negocios Extranjeros señor Pichón y las personas de sus casas civil y militar, el Sr. Pérez Caballero hizo entrega de sus credenciales y pronunció un discurso, congratulándose de haber sido llamado á afirmar y desenvolver los sentimientos de estrecha amistad que unen á Francia y á España, señalando los vínculos inmutables que la naturaleza ha creado entre ambas naciones, vecinas y mediterráneas, y que han de dar por resultado ventajas recíprocas, manifestando que, conforme con los deseos de su soberano, de su gobierno y de su patria, pondría todo su celo en consolidar la cordial inteligencia entre ambos pueblos, en hacer cada vez más íntimas las relaciones de vecindad y en mantener la leal y civilizadora colaboración en los asuntos marroquíes, que es la mejor garantía de los respectivos intereses, sin dejar de contribuir al mismo tiempo á la obra mundial de paz y de justicia; y expresando su confianza de que para llenar tal misión podría contar con la alta benevolencia del presidente de la República y con el amistoso concurso de su digno gobierno.

El Sr. Fallieres contestó al embajador felicitándose por su nombramiento, agradeciendo sus frases de afecto para Francia, aludiendo á los inmutables lazos de unión existentes entre Francia y España y



El Sr. Pérez Caballero y el personal de la embajada española (Fotografía de Harlingue tomada después de la recepción en el Elíseo.)

quies, y afirmando la sinceridad de las intenciones del gobierno de la República y los sentimientos de cordial amistad del pueblo francés por la noble nación española.

de distinguidas familias de la colonia sudamericana. Al día siguiente de su llegada visitó oficialmente al ministro de Negocios Extranjeros y asistió al banquete que en su honor se dió en la legación; el viernes fué solemnemente recibido por el presidente de la República y por la noche concurre á la Opera, ocupando con su familia el palco presidencial; el día 30 fué obsequiado, por la mañana, con un almuerzo por el ministro de Negocios Exteriores, y por la noche, con un brillante banquete por la Cámara de Comercio. El domingo por la tarde el Sr. Sáenz Peña y su familia salieron de París para el Creusot; el lunes visitaron aquellos inmensos talleres, el polígono de Villedieu, la «Casa de Familia» para los niños huérfanos y el hospital para los obreros. El martes hubo gran recepción en la Casa Consistorial y un suntuoso banquete organizado por el Comité Franco-Americano, ambas fiestas en honor del presidente argentino.



El nuevo presidente de la República Argentina Sr. Sáenz Peña dirigiéndose al ministerio de Negocios Extranjeros. (De fotografía de Carlos Delius.)

Terminada la ceremonia, el Sr. Fallieres conversó particularmente con el Sr. Pérez Caballero, pronun-

mes, después de haber almorzado en Rambouillet con el presidente de la República.—R.

VALENCIA.—ABANDERAMIENTO DE LOS NUEVOS VAPORES CORREOS DE AFRICA

Con gran solemnidad y asistencia del ministro de Fomento Sr. Calbetón y de los directores generales de Obras Públicas y Agricultura, efectuóse el día 26 de julio último en Valencia la ceremonia del abanderamiento de los nuevos buques adquiridos por la Compañía Valenciana para prestar el servicio de correos de Africa que recientemente le fué adjudicado en concurso abierto por el gobierno.

De estos nuevos buques han sido adquiridos tres en Italia y cuatro en Inglaterra, y todos ellos reúnen las condiciones de velocidad y de confort que puedan satisfacer al pasaje más exigente: todos tienen un andar mayor de 18 millas y poseen lujosísimas cámaras, y los comprados en Inglaterra llevan instalaciones de telegrafía sin hilos. Los nombres con que se les ha abanderado son: *Ausias March, A. Lázaro, J. J. Sister, Luis Vives, Barceló, Jorge Juan y V. Puchol.*

Los armadores de la Compañía, á fin de que el acto resultase más solemne, habían reunido en la dársena, además de los siete barcos á cuyo abanderamiento iba á procederse, otros siete de los pertenecientes á su flota. Al amanecer, todas aquellas embarcaciones quedaron empavesadas, ofreciendo un espectáculo sumamente pintoresco; las cubiertas y toldillas estaban convertidas en verdaderos jardines, y las tripulaciones, ves-

tidas de gala, ocuparon los puestos que les habían sido designados.

Antes de las ocho comenzaron á llegar los invita-

A las nueve y media se hicieron á la mar los buques por el siguiente orden: *Alcira, Grao, Cabañal, Vicente Sanz, Canalejas, Vicente Ferrer, Vicente La-Roda, Villarreal, Ausias March, A. Lázaro, J. J. Sister, Vicente Puchol, Barceló y Luis Vives.*

A medida que los buques se hacían á la mar, fondearon frente á la playa del Cabañal en línea de honor.

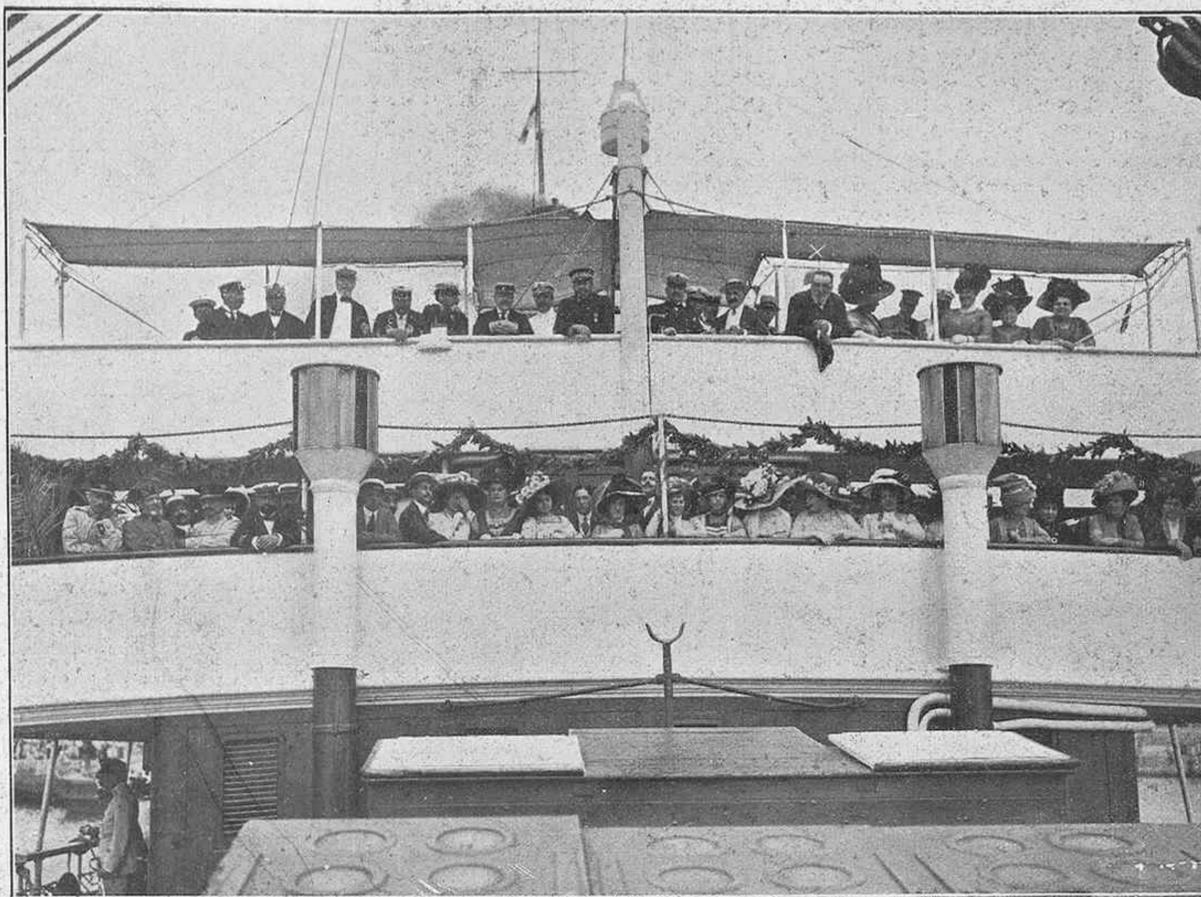
El *Luis Vives* revisitó á los barcos fondeados, y terminada esta maniobra de honor navegaron hasta la altura del Puig, virando con rumbo al puerto, donde fondeaba el buque insignia á las doce y treinta de la tarde.

Aquella excursión marítima fué realmente hermosa.

Los muelles y transversales se encontraban ocupados por inmenso gentío que agitaba los pañuelos al paso de los buques. Estos saludos eran contestados por los pasajeros que ocupaban las toldillas con iguales muestras de simpatía.

Una vez en la mar, se sirvió á bordo de cada uno de los buques un espléndido lunch.

Durante el paseo marítimo, el ministro de Fomento Sr. Calbetón remitió al gobierno por la vía de Argel un radiograma saludando al presidente del Consejo de ministros, y otro al crucero *Cataluña*, fondeado en la dársena de Valencia, saludando á la marina de guerra.—P.



El ministro de Fomento Sr. Calbetón (x) á bordo del vapor «Luis Vives», que hizo de buque insignia el día del abanderamiento de los nuevos vapores correos de Africa

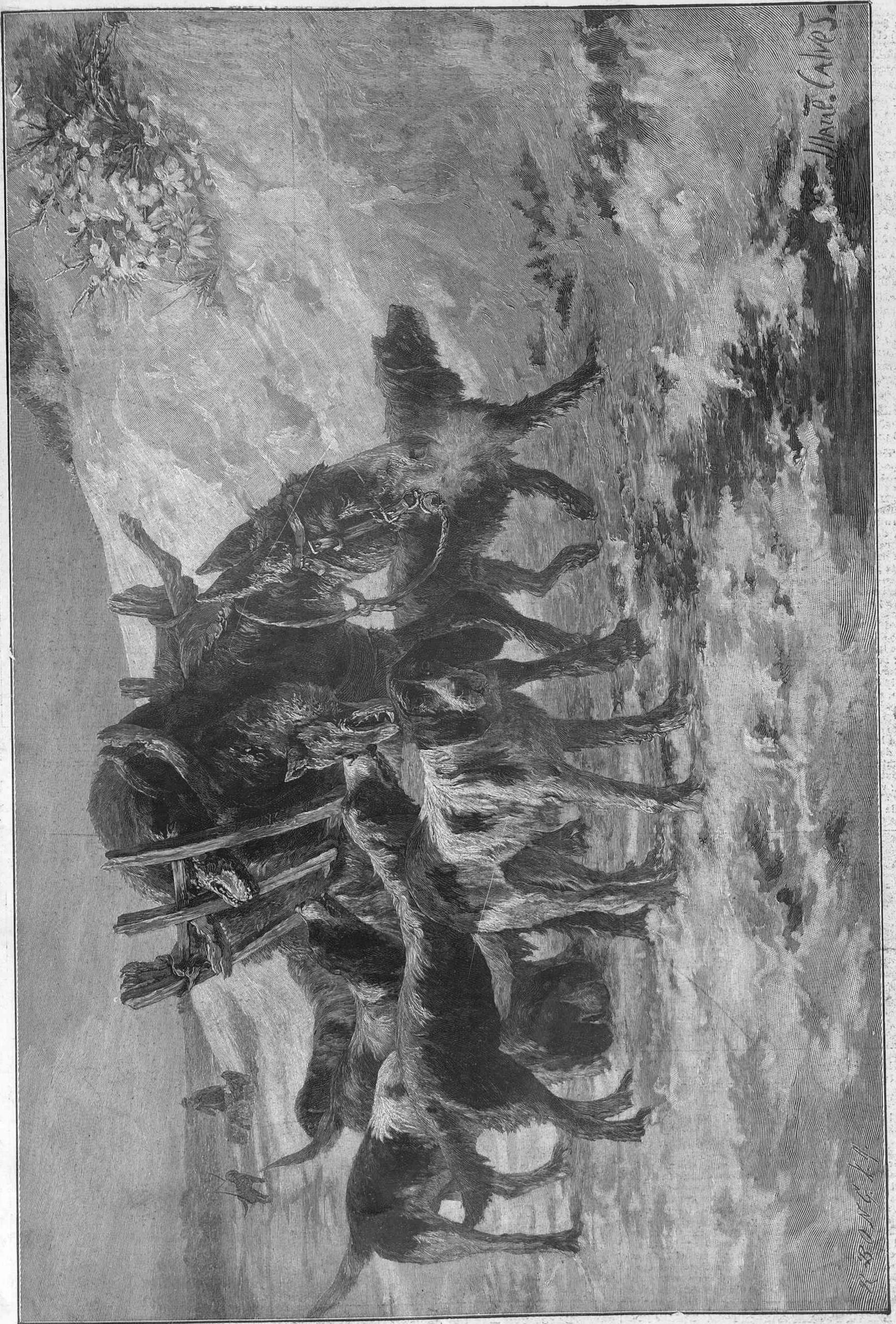
dos, entre los que se contaba lo más distinguido de la sociedad valenciana, y poco después llegó el ministro que, en una falúa del crucero *Cataluña*, practicó una visita á los nuevos buques, terminada la cual fué conducido al *Luis Vives*, elegido para buque insignia.



Los vapores correos de Africa de la Compañía Valenciana fondeados en el puerto de Valencia el día de su abanderamiento (De fotografías de V. Barberá Masip.)



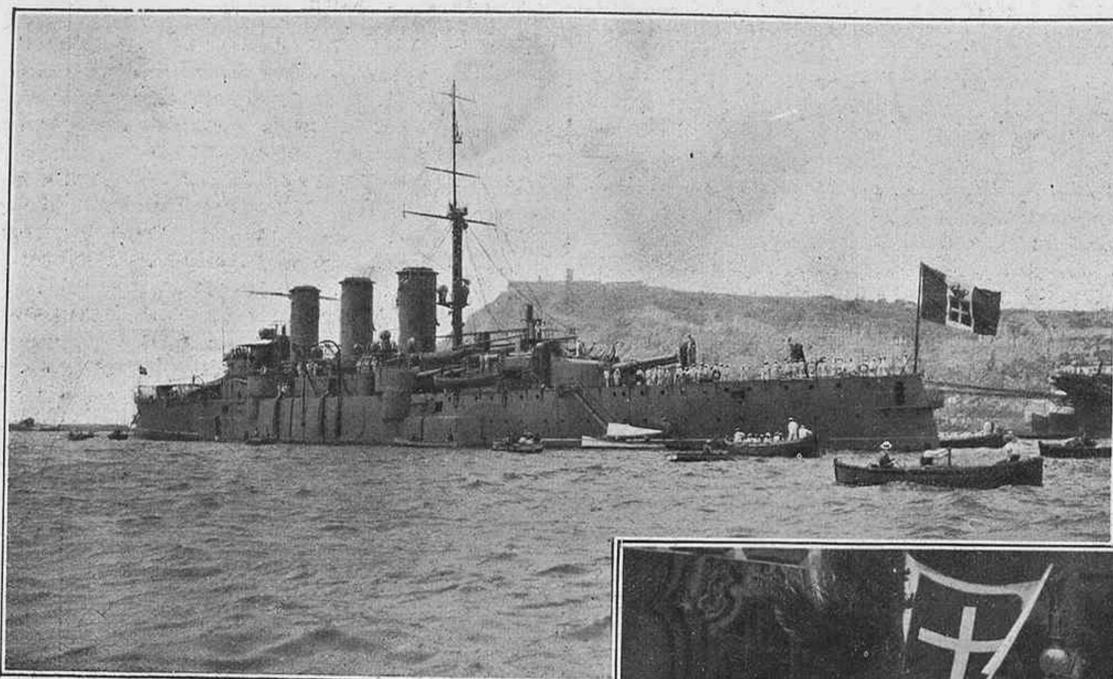
JABALÍ ACORRALADO POR LA JAURÍA, cuadro de J. B. Gelibert



REGRESO DE LA CAZA DEL LOBO, cuadro de Maria Calvés

EL CRUCERO ITALIANO «PISA»

Procedente de Buenos Aires, en donde estuvo con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia argentina, fondeó el día último de julio en este puerto el crucero italiano



Barcelona.—El crucero italiano «Pisa» que ha permanecido unos días en nuestro puerto

Pisa. Este buque es de reciente construcción, pues fué botado al agua en 1909, y va al mando del capitán de navío Com. Jerónimo Magliano.

Su casco es de acero, mide 141 metros de eslora, 21 de manga y 7'10 de puntal, desplazando 10 200 toneladas; sus dos máquinas, de cuádruple expansión, desarrollan una fuerza de 19.000 caballos indicados, que le imprimen por hora, una marcha de 23'7 millas. La marcha ordinaria es de 20 millas.

Monta 34 cañones, cuatro de ellos de 25'4 centímetros, acoplados en sus torres de popa y proa; ocho de 19 centímetros emplazados en cuatro torres giratorias, situadas sobre el reducho; 16 de 76 milímetros, ocho en cubierta y cuatro en cada uno de sus castillos; dos en el puente de mando de 37 milímetros, y otros dos de 47 para las lanchas en caso de guerra además de otros dos de 75 milímetros para el desembarco.

Tiene tres tubos submarinos lanza-torpedos, dos de ellos laterales; lleva tres chimeneas y un palo con una cofa para el proyector.

Su tripulación se compone de 650 hombres.

Lleva, además, un aparato Marconi de 1.000 kilómetros de radio.

En uno de los días de su estancia en esta ciudad, el Ayuntamiento obsequió con una excursión y un almuerzo en el Tibidabo a la oficialidad del crucero. Al llegar los invitados a la cumbre de la montaña, la banda municipal tocó el himno nacional italiano; y después de recorrer aquellos pintorescos lugares sentáronse a la mesa, cuya presidencia ocupó el alcalde Sr. Roig y Bergadá, teniendo a su derecha al comandante del buque y al gobernador civil Sr. Muñoz, y a su izquierda al cónsul de Italia, Sr. Lebrecht.



Medalla-dije regalada por la guarnición de Cataluña a las damas de la Junta del «Nadal del Soldat.»

Entre los comensales estaban el diputado á Cortes Sr. Giner de los Ríos, el comandante de Marina Sr. Compañó, el fiscal de S. M. Sr. Rives, el catedrático Sr. Soriano Sánchez en representación del rector de la Universidad, el jefe superior de policía Sr. Millán Astray, varios concejales, los secretarios del Ayuntamiento y del Gobierno civil, representantes de los periódicos locales y corresponsales de algunos extranjeros.

Al final del banquete, pronunciaron elocuentes brindis el Alcalde, agradeciendo la visita de los marinos italianos, dedicando calurosos elogios á Italia y saludando al rey y á la marina de aquella nación por cuya prosperidad hizo fervientes votos; el Gobernador civil, adhiriéndose á las palabras del Alcalde en nombre del gobierno; el comandante del *Pisa*, expresando el afecto y la comunidad de aspiraciones que une á los pueblos español é italiano, agradeciendo el obsequio del Ayuntamiento y vitoreando á España; el cónsul de Italia, dando las gracias al Alcalde y al Gobernador por las frases de simpatía dedicadas á su país, y el Sr. Giner de los Ríos, enalteciendo al pueblo y á la poesía italianos.

La fiesta dejó complacidos á cuantos á ella concurrieron.

MEDALLA-DIJE CONMEMORATIVA

Como prueba de gratitud á las damas barcelonesas que en la Navidad del año último dedicaron á nuestros soldados de Africa el delicado obsequio del «Nadal del Soldat» la guarni-

escudos de España y de Cataluña, léase la siguiente dedicación: «La guarnición de Cataluña á las señoras y señoritas de la Junta del Nadal del Soldat.»

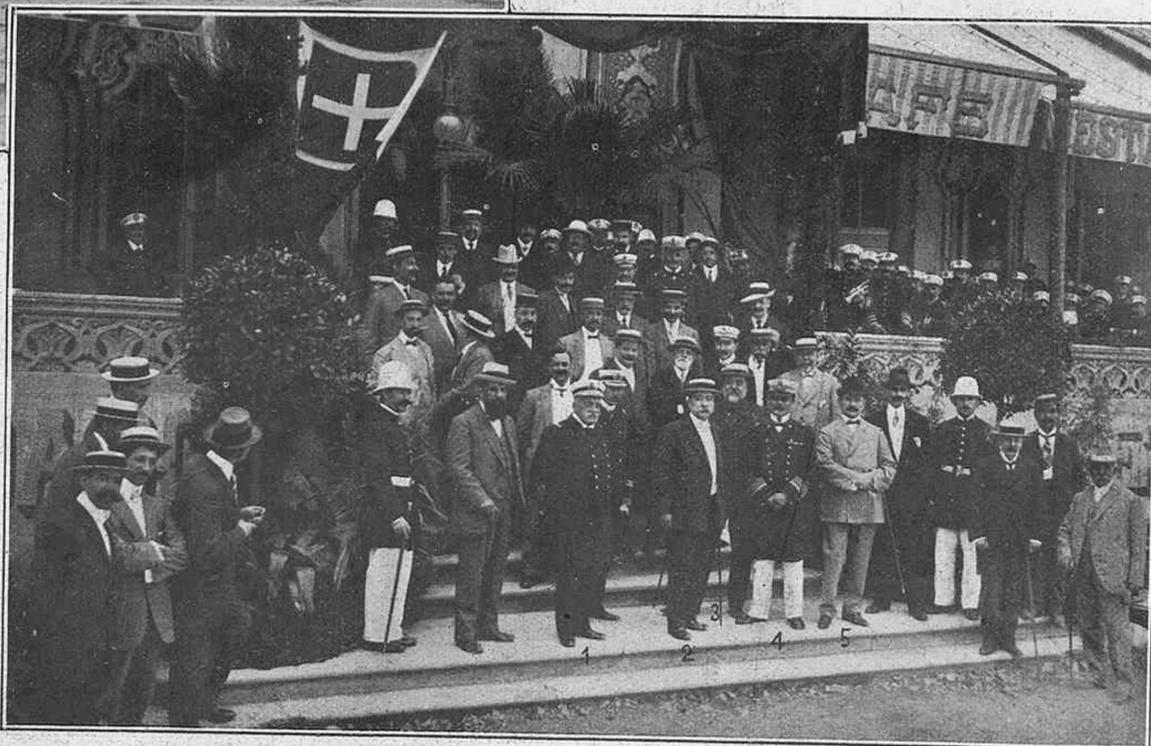
La medalla-dije, composición de J. Solá, ha sido acuñada en los talleres de platería y metales de Vallmitjana, de Gracia; de ella se han entregado sendos ejemplares en oro á doña Carmen Karr, iniciadora de la obra del «Nadal del Soldat» y á D.^a María Luisa Guardiola, presidenta de la Junta, y en plata á las demás señoras y señoritas que de ésta formaron parte.

BARCELONA.—COLONIAS ESCOLARES

Prosiguiendo la meritoria obra que de algunos años á esta parte viene realizando nuestro Ayuntamiento, hanse organizado este año las colonias escolares, en número de veinticuatro, doce de niños y doce de niñas, que el día 31 del pasado julio salieron para sus respectivos destinos.

Los pueblos escogidos para las colonias de niños son Llinás, Cardedeu, Tiana, Vilasar, Piera, Collbató, Esparraguera, Olesa, Arbucies, San Feliu, Olot y Olesa; para las de las niñas, los de Arbucies, San Baudilio, Cabrils, Blanes, Esparraguera, Castellbisbal, Falset, Ripoll, Moyá, Centellas, Taradell y San Cugat.

Los pequeños excursionistas, uniformados y provistos de juguetes, se reunieron en las primeras horas de la mañana, y después de servirles un desayuno, partieron en secciones, presididas por los respectivos maestros, á las estaciones ferrovia-



Excursión al Tibidabo organizada por el Ayuntamiento en honor de los marinos italianos

En el grupo del primer término: 1. Comandante de Marina; 2. Alcalde de Barcelona; 3. Gobernador civil; 4. Comandante del *Pisa*; 5. Cónsul de Italia. (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

ción de Cataluña ha hecho acuñar la artística medalla-dije que adjunta reproducimos.

En el anverso, hay una matrona llevando en la mano izquierda una palma y en la derecha un presente que entrega á un soldado; en el reverso, debajo de un Nacimiento y entre los

rias en donde tomaron los trenes que habían de conducirlos á los distintos puntos de veraneo.

El espectáculo que ofrecían toda aquella gente menuda y las familias que la despedían era por demás animado y emocionante.



Barcelona.—Salida de las colonias escolares organizadas por el Ayuntamiento (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti)

EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO

NOVELA ESCRITA POR GASTÓN LEROUX. — ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Y, con cierta sorna, metidas las manos en los bolsillos, Ruedelabola clavó sus ojillos vivos en el famoso Federico Larsán.

Miró éste en silencio á aquel chicuelo que pretendía igualarse con él; se encogió de hombros, nos saludó, y se marchó, á gran paso, golpeando el suelo con su largo bastón.

Pepe le miraba alejarse; luego se volvió hacia nosotros, con cara alegre y ya triunfante:

— ¡Le venceré!, nos dijo... Venceré al gran Federico Larsán, por poderoso que sea; los venceré á todos... ¡Ruedelabola sabe más que todos ellos!.. Y el gran Federico..., Federico el único..., razona como un bodoque..., como un bodoque...

Y esbozó un paso de baile; pero se detuvo casi en seguida.

— Mis ojos siguieron sus ojos, y éstos se clavaban en Darzac, quien, con cara descompuesta, miraba el sendero, la señal de sus pasos, al lado de la señal del paso elegante. ¡EN NADA SE DIFERENCIABAN!

Creímos que iba á desmayarse; sus ojos, agrandados por el espanto, huyeron de nosotros un momento, mientras su mano derecha, con movimiento espasmódico, daba tironcitos al collar de barba que rodeaba su honrado y dulce y desesperado rostro. Por fin se dominó, nos saludó, y con voz demudada nos dijo que tenía que regresar al castillo y marcharse.

— ¡Diablo!, exclamó Pepe.

También parecía estar consternado el reportero. Sacó de su cartera un pedazo de papel blanco como el que ya le había yo visto, y con sus tijeras recortó los contornos de *pies elegantes* del asesino, cuyo modelo estaba allí, sobre la tierra. Después transportó esta nueva suela de papel sobre las huellas de la bota del Sr. Darzac: la adaptación era perfecta, y Pepe se levantó, repitiendo: «¡Diablo!»

No me atrevía yo á pronunciar una palabra, de tal manera me imaginaba que era grave lo que en aquel momento ocurría en la sesera de Pepe.

Dijo:

— Y, sin embargo, creo que el Sr. Darzac es un hombre honrado...

Y me llevó á la posada del *Castillejo*, que se veía á un kilómetro de distancia, en la carretera, al lado de un grupo de árboles.

X

«AHORA TENDREMOS QUE COMER CARNE CHORREANDO SANGRE»

La posada del *Castillejo* no tenía gran apariencia, pero me gustan esas casuchas de vigas ennegrecidas por el tiempo y el humo del hogar, esas posadas del tiempo de las diligencias, construcciones ya medio desvencijadas, las cuales no serán pronto más que un recuerdo. Se relacionan con el pasado, están emparentadas con la historia, continúan algo y hacen pensar en los antiguos cuentos de camino, cuando ocurrían aventuras en las carreteras.

En seguida vi que la posada del *Castillejo* tenía dos siglos, y quizá más. En varios sitios se había descascarillado el robusto armazón de madera, el cual también se había corrido un poco. Por encima de la

— No temo á la policía, contestó el hombre; no temo á nadie.

Hice señas á mi amigo de que no insistiéramos, pero Pepe, que por lo visto tenía empeño en entrar en aquella posada, se deslizó bajo el brazo del hombre y entró en la sala.

— Venga usted, dijo, se está muy bien aquí.

En efecto, había una hermosa lumbre de leña en la chimenea. Nos acercamos y tendimos nuestras manos al calor del hogar, pues ya comenzaba á sentirse la llegada del invierno. La pieza era bastante espaciosa; dos fuertes mesas de madera, algunos asientos, un mostrador, en el que había botellas de jarabes y de alcoholes; tales eran los muebles. Tres ventanas daban á la carretera. En la pared, un cromo-reclamo celebraba, bajo los rasgos de una joven parisiense que levantaba desca radamente su vaso, las virtudes aperitivas de un nuevo vermut. Sobre el ancho reborde de la chimenea había jarras de barro y de porcelana.

— Hermosa lumbre para asar un pollo, dijo Pepe.

— No tenemos pollo alguno, contestó el posadero; ni siquiera un mal conejo.

— Ya sé, replicó mi amigo con una voz zumbona que me sorprendió, *ya sé que ahora tendremos que comer carne chorreando sangre.*

Confieso que no comprendía la frase de Pepe. ¿Por qué le decía á aquel hombre: *Ahora tendremos que comer carne chorreando sangre?* ¿Y por qué el posadero, no bien oyó dicha frase, dejó escapar una palabrota que en seguida tragó á medias y se puso á nuestra disposición tan dócilmente como Roberto Darzac cuando oyó estas palabras fatídicas: *El presbiterio no ha perdido nada de su encanto ni el jardín de su lozanía?* Decididamente, mi amigo poseía el don de hacerse comprender de las gentes con palabras del todo incomprensibles. Se lo hice observar, y se sonrió. Hubiera yo preferido que se dignara darme al-



Cual si lo atrajera aquel maullido, un nombre entró, detrás de la vieja

puerta de entrada, una muestra de hierro gemía bajo el viento de otoño. Un artista de la localidad había pintado en aquella muestra una especie de torre dominada por un techo puntiagudo y por una linterna como la del castillo del Glandier. Bajo aquella muestra, en el umbral, un hombre de cara bastante adusta parecía sumido en pensamientos nada alegres, á juzgar por las arrugas de su frente y por su amenazador entrecejo.

Ya que estuvimos á su lado, se dignó vernos y nos preguntó, de manera muy poco atenta, si necesitábamos algo. Aquél era, sin duda alguna, el poco amable amo de aquella linda posada. Al manifestarle la esperanza de que tendría á bien darnos de almorzar, nos contestó que nada había en su casa, y que no podía servirnos; y, mientras hablaba, nos miraba con ojos cuya desconfianza no acertaba yo á comprender.

— Puede usted abrirnos de par en par su puerta, le dijo Pepe, *no somos de la policía.*

guna explicación, pero tenía puesto un dedo sobre la boca, lo cual significaba que, no sólo no diría él nada, sino que me recomendaba que guardara yo silencio. Mientras, el hombre, empujando una puertecita, había gritado que le trajesen media docena de huevos y el pedazo de solomillo. Pronto quedó efectuado el encargo por una mujer joven y simpática, con admirable pelo rubio, y cuyos hermosos ojos azules nos miraron con curiosidad.

El posadero le dijo con voz ruda:

— ¡Vete! ¡Y si viene el hombre verde, que no te vea yo!

La mujer desapareció. Pepe se apoderó de los huesos que le trajeron en un tazón y de la carne que le fué servida en un plato, colocó todo ello á su lado, en la chimenea, descolgó una sartén y unas parrillas que colgaban del hogar, y comenzó á preparar la tortilla, disponiéndose á asar luego el biftec. También pidió dos botellas de sidra de la mejor, y parecía ocuparse tan poco del posadero como el posadero se

ocupaba de él. Aquel hombre, tan pronto miraba á mi amigo y tan pronto me miraba á mí, con una ansiedad que le costaba mucho trabajo disimular. Nos dejó preparar nuestra comida, y puso nuestro cubierto junto á una ventana.

De repente le oí murmurar:

«¡Ahí está!»

Y, con la cara demudada, expresando odio implacable, fué á plantarse contra la ventana, mirando el camino. Le seguí.

Un hombre, vestido por completo de terciopelo verde, y cubierta la cabeza con gorra del mismo color, se adelantaba tranquilamente por la carretera, fumando su pipa. Llevaba una escopeta colgada al hombro y mostraba en sus movimientos una soltura casi aristocrática. Podía tener unos cuarenta y cinco años; el pelo y el bigote eran grises; era notablemente hermoso y llevaba lentes. Al pasar frente á la posada, pareció vacilar, miró hacia nosotros, sacó algunas bocanadas de humo de su pipa, y con idéntico paso lento prosiguió su paseo.

Pepe y yo miramos al posadero. Sus ojos fulgurantes, sus puños cerrados, su boca iracunda nos informaron respecto de los sentimientos tumultuosos que le agitaban.

—¡Ha hecho bien en no entrar hoy!, exclamó como silbándole las palabras.

—¿Qué hombre es ese?, preguntó Pepe dándole vuelta á su tortilla.

—*El hombre verde!*, rugió el posadero... ¿No le conocen ustedes? Eso van ganando, pues no merece ser conocido. Bueno, pues es el guarda del Sr. Stangerson.

—No parece usted quererle mucho, observó el portero volcando la tortilla en un plato.

—Nadie le quiere por aquí, señor mío; además, es un orgulloso, que ha debido ser rico en otro tiempo, y no perdona á nadie el haberse tenido que meter á criado para vivir. Pues un guarda es un criado como otro cualquiera, ¿verdad? Diríase que él es el amo en el Glandier, que todas las tierras y todos los bosques le pertenecen. No le permitiría á un pobre sentarse sobre la hierba, *sobre su hierba* para comer un pedazo de pan.

—¿Viene alguna vez por aquí?

—Viene demasiado. Pero de sobra le haré yo comprender que su cara no me hace gracia. Hace sólo un mes, no venía á fastidiarme; mi posada no existía para él, estaba harto ocupado con la posadera de los *Tres Lirios*, en Saint-Michel. Ahora que está reñido con esa mujer, trata de pasar el tiempo en otro sitio. Es un faldero y un mal bicho... Ningún hombre honrado quiere nada con él. Sin ir más lejos, los porteros del castillo no podían ver ni en pintura, al *hombre verde*.

—Entonces, ¿los porteros del castillo son gente honrada, señor posadero?

—Llámeme usted tío Mateo; es mi nombre... Bueno, pues tan verdad como que me llamo tío Mateo, sí señor, los creo honrados.

—Sin embargo, están arrestados.

—Y eso, ¿qué prueba? Pero no quiero meterme en lo que no me importa.

—Y, ¿qué piensa usted del asesinato?

—¿Del asesinato de esa pobre señorita? Una muchacha muy buena, muy querida de todos. ¿Lo que que pienso acerca de eso?

—Sí.

—Nada..., y mucho... Pero eso, á nadie importa.

—¿Ni siquiera á mí?, insistió Pepe.

El posadero le miró de soslayo y dijo gruñendo:

—Ni siquiera á usted...

Como ya estaba lista la tortilla, nos sentamos á la mesa y nos pusimos á comer en silencio, cuando se abrió la puerta de entrada y asomó una vieja harapienta, apoyada sobre un palo; su cabeza, toda blanca, tenía un temblor senil.

—¡Hola, tía Arrodillada! Hace tiempo que no se la veía á usted, dijo el posadero.

—He estado muy enferma, á punto de morir, respondió la vieja. ¿Tiene usted algo para el *Animalito de Dios*?

Y entró, seguida de un gato tan enorme, que no creía yo que pudiese haberlos tan grandes. El animal nos miró é hizo oír un maullido tan desesperado, que me estremecí; jamás había yo oído tan lúgubre sonido.

Cual si lo atrajera aquel maullido, un hombre entró, detrás de la mano. Era *el hombre verde*. Nos saludó llevando la mano á su gorra y se sentó á la mesa vecina de la nuestra.

—Déme usted un vaso de sidra, tío Mateo.

Al entrar *el hombre verde*, el posadero había estado á punto de arremeter contra él; pero, visiblemente, se dominó, y contestó:

—Ya no queda sidra alguna; he dado á estos señores las dos últimas botellas.

—En ese caso, déme un vaso de vino blanco, dijo *el hombre verde*, sin aparentar la más mínima extrañeza.

—Tampoco hay vino blanco, no hay nada.

Y con voz sorda repitió el tío Mateo:

—¡No hay nada!

—¿Qué tal sigue su señora de usted?

A esta pregunta *el hombre verde*, el posadero apretó los puños y se volvió hacia el otro, con tan terrible ceño, que creí que iba á pegarle; por fin, dijo:

—Sigue bien, gracias.

De modo que la joven de hermosos y dulces ojos á quien antes vimos, era la esposa de aquel tío repugnante y brutal, cuyos defectos físicos parecían estar dominados por este defecto moral: los celos.

El posadero salió violentamente de la habitación, cerrando arrebataadamente la puerta. Allí seguía la tía Arrodillada, apoyada sobre su palo, con el gato á sus pies.

El hombre verde le preguntó:

—¿Ha estado usted enferma, tía Arrodillada? Hace unos ocho días que no se la ve á usted.

—Sí, señor guarda. Sólo tres veces me he levantado para ir á rezarle á Santa Genoveva, nuestra buena patrona, y el resto del tiempo lo he pasado tendida sobre mi jergón, sin más ayuda que el *Animalito de Dios*.

—¿No se ha apartado de usted?

—Ni de día ni de noche.

—¿Está usted segura de ello?

—Como del paraíso.

—Entonces, ¿cómo se explica, tía Arrodillada, que se haya estado oyendo el maullido del *Animalito de Dios* durante toda la noche del crimen?

La tía Arrodillada fué á plantarse frente al guarda, y golpeando el suelo con su palo, dijo:

—No sé nada; pero lo que sí puedo decir es que no hay en el mundo otro gato que tenga un maullido como el de éste... Bueno, pues yo también, en la noche del crimen, oí, fuera, el maullido del *Animalito de Dios*; y, no obstante, estaba éste sobre mis rodillas, y no maulló una sola vez, se lo juro á usted. Cuando oí tal cosa, me santigué como si hubiese oído al diablo.

Miraba yo al guarda mientras hizo esta última pregunta; y mucho me engaño si no noté en sus labios una sonrisa de mala ley.

En aquel momento llegó hasta nosotros el ruido de una viva disputa. Hasta creímos percibir golpes sordos, como si pegaran á alguien. *El hombre verde* se levantó y corrió resueltamente á la puerta; pero ésta se abrió, y, asomando el posadero, dijo al guarda:

—No se asuste usted, señor guarda; es que mi mujer tiene dolor de muelas.

Y esbozó una risita zumbona.

—Tome, tía Arrodillada, ahí tiene usted bofes para su gato.

Tendió á la vieja un paquete; ésta se apoderó ávidamente de él y salió, seguida de su inseparable gato.

El hombre verde preguntó:

—¿No quiere usted servirme nada?

Ya no contuvo el tío Mateo la expresión de su odio:

—¡No hay nada para usted! ¡No hay nada para usted! ¡Váyase!

El hombre verde, tranquilamente llenó su pipa, la encendió, nos saludó y salió. Apenas estaba en el umbral, cuando Mateo cerró ruidosamente la puerta, y, volviéndose hacia nosotros, con los ojos inyectados de sangre, y espumeando, nos dijo, con el puño tendido hacia aquella puerta que acababa de cerrarse tras el hombre á quien él detestaba.

—No sé quiénes son ustedes, ustedes que me han dicho: *Ahora tendremos que comer carne chorreando sangre*. Pero, si en algo les interesa lo que voy á decir, allá va: ese que acaba de salir, ese es el asesino.

Dicho esto, el tío Mateo nos dejó. Pepe se fué al hogar, y dijo:

—Ahora vamos á asar el bife. ¿Qué tal le parece la sidra? Un poco fuerte, como á mí me gusta.

Aquel día, ya no vimos más al tío Mateo, y reinaba gran silencio en la posada cuando salimos de ella, después de dejar cinco francos sobre la mesa, como pago de nuestro festín.

En seguida me hizo andar Pepe cerca de una legua alrededor de la finca del profesor Stangerson. Se detuvo diez minutos á orilla de un caminito todo negro de ollín, al lado de las covachas de carboneros que hay en la parte de la selva de Santa Genoveva fronteriza al camino que va de Epinay á Corbeil, y me confió que, ciertamente había pasado por allí el asesino, en vista del estado del calzado basto, antes de penetrar en la finca y de ir á esconderse en la espesura.

—¿No cree usted que esté complicado el guarda en el asunto?, interrumpí.

—Más tarde lo veremos; por ahora, no me interesa lo que el posadero ha dicho de ese hombre. Ha hablado así impulsado por su odio. No es por el *hombre verde* por lo que le he llevado á usted á esa posada.

Dicho esto, Ruedelabola, con grandes precauciones, se deslizó, siguiéndole yo, hasta la construcción que, cerca de la verja, servía de habitación á los porteros, arrestados aquella misma mañana. Con una destreza que me admiró se introdujo en la casita por una ventanita trasera que había quedado abierta, y salió diez minutos después, diciendo esta palabra que, en su boca, tantas cosas significaba: *¡Fardies!*

En el momento en que de nuevo íbamos á emprender el camino del castillo, se efectuó gran movimiento en la verja. Llegaba un coche, y, del castillo, acudían á recibirlo. Ruedelabola me mostró un hombre que bajaba del coche.

—Ese es el jefe de la Seguridad; vamos á ver lo que tiene dentro Federico Larsán, y si es tan listo como dicen...

Detrás del coche del jefe de la Seguridad, venían otros tres coches, llenos de reporteros, quienes quisieron también entrar en el parque; pero se pusieron dos gendarmes en la verja, con prohibición de dejar pasar á nadie. El jefe de la Seguridad calmó su impaciencia comprometiéndose á dar, aquella misma noche, á la prensa, cuantos informes pudiera, sin perjudicar el curso de la instrucción.

XI

EN DONDE FEDERICO LARSÁN EXPLICA CÓMO PUDO EL ASESINO SALIR DEL CUARTO AMARILLO

Entre los papeles, documentos, memorias, extractos de periódicos, piezas de justicia de que dispongo tocantes al *Misterio del Cuarto Amarillo*, se halla un trozo de sumo interés: es el relato del famoso interrogatorio de los interesados que se efectuó aquella tarde, en el laboratorio del profesor Stangerson, en presencia del jefe de la Seguridad. Dicho relato es debido á la pluma del Sr. Maleine, el actuario, quien, á imitación del juez de instrucción, dedicaba sus ocios á la literatura. Este trozo estaba destinado á formar parte de un libro que nunca salió á luz y que había de titularse: *Mis interrogatorios*. Me lo dió el actuario en persona, algún tiempo después del *inaudito desenlace* de aquel proceso único en los fastos jurídicos.

Helo aquí. No se trata ya de una escueta transcripción de preguntas y de respuestas, sino que á veces añade el actuario sus impresiones personales.

El relato del actuario

Hacia una hora que el juez de instrucción y yo nos hallábamos en el *Cuarto Amarillo*, con el maestro de obras que, sobre el plano del profesor Stangerson, había edificado el pabellón. El maestro de obras había venido con un obrero. El Sr. de Marquet había hecho quitar, por el obrero, todo el papel que cubría las paredes, y golpes de pico y de azadón, dados en varios sitios, nos habían demostrado la inexistencia de una abertura cualquiera. El piso y el techo habían sido sondados con esmero; pero no habíamos descubierto nada; no había nada que descubrir. El señor de Marquet parecía estar muy contento, y no cesaba de repetir:

—¿Qué asunto, señor maestro de obras, qué asunto! ¡Ya verá usted que no conseguiremos saber cómo salió del cuarto el asesino!

De repente, el Sr. de Marquet, con la cara radiante, porque no comprendía, tuvo á bien recordar que su deber era tratar de comprender, y llamó al sargento de los gendarmes.

—Sargento, le dijo, sírvase ir al castillo y diga al Sr. Stangerson y al Sr. Darzac que vengan al laboratorio, así como al tío Santiago, y mande usted á dos gendarmes que me traigan á los porteros.

Cinco minutos después, todas estas personas estaban reunidas en el laboratorio. El jefe de la Seguridad, que acababa de llegar al castillo, se juntó á nosotros. Estaba yo sentado ante la mesa del Sr. Stangerson, dispuesto á escribir, cuando el Sr. de Marquet nos echó este discursito, tan original como inesperado:

—Si les parece á ustedes bien, señores, *puesto que nada práctico dan los interrogatorios*, vamos á abandonar, por una vez, el antiguo sistema de interrogar. No les haré venir á ustedes á mi presencia, uno después de otro, no; vamos á quedarnos todos aquí: el Sr. Stangerson, D. Roberto Darzac, el tío Santiago, los dos porteros, el señor jefe de la Seguridad, el señor actuario, y yo... Y, todos estaremos con un solo fin, *para conversar y ver de dar con la verdad*, los

porteros tendrán á bien olvidar por un momento que están arrestados. De modo que, *vamos á conversar*. Estamos en el sitio donde se cometió el crimen: ¿de qué hablaríamos sino del crimen? ¡Pues hablemos del crimen! ¡Hablemos de él! Con abundancia, con inteligencia, ó con estupidez. Digamos cuanto nos pase por la cabeza; hablemos sin método, puesto que ningún resultado da el método. ¡Dirijo una concepción súplica al dios Azar, el azar de nuestros perceptos! ¡Comencemos!.

Al pasar delante de mí me dijo en voz baja: —¿Qué dice usted de esta escena? ¿Habría usted imaginado semejante cosa? Lo convertiré en una picecita para el Vaudeville.

Y se frotaba las manos con júbilo. Miré al Sr. Stangerson. La esperanza que le daban los médicos de que probablemente sobreviviría su hija á sus heridas no había borrado de aquel noble rostro las huellas del más profundo dolor.

Aquel hombre había creído á su hija muerta, y aún se sentía enteramente trastornado; sus ojos azules, tan dulces y tan claros, estaban entoces tristísimos. En más de una ocasión, en ceremonias públicas, había yo visto al Sr. Stangerson. Desde el primer momento me había llamado la atención su mirada, tan pura que parecía la de un niño; mirada de ensueño, mirada sublime é inmaterial de inventor ó de loco.

En esas ceremonias, detrás de él ó á su lado, veíase siempre á su hija, pues nunca se separaban, según decían, compartiendo las mismas ocupaciones desde hacía muchos años. Aquella virgen, que entonces tenía treinta cinco años y que apenas representaba treinta, consagrada por completo á la ciencia, producía aún admiración por su imperial belleza, la cual estaba todavía intacta, sin una arruga, victoriosa del tiempo y del amor. ¿Quién me hubiera dicho entonces que, en día no lejano, había yo de verme á la cabecera de su cama, con mis papelotes, y que la vería, casi expirante, contarnos, con esfuerzo, el más monstruoso y más misterioso atentado de cuantos he conocido hasta la fecha? ¿Quién me hubiera dicho que, en tarde como ésta, me hallaría yo frente á un padre desesperado que en vano trata de explicarse cómo el asesino de su hija pudo sustraerse á su justa venganza? ¿De qué sirve, pues, el trabajo silencioso, en el fondo del obscuro retiro de los bosques, si no garantiza de esas grandes catástrofes de la vida y de la muerte, generalmente reservadas á los hombres que frecuentan las pasiones de la ciudad (1)?

—Vamos á ver, Sr. Stangerson, dijo el Sr. de Marquet, con cierta importancia, colóquese usted exactamente en el sitio en que usted se hallaba cuando la señorita Stangerson le dejó á usted para entrar en su cuarto.

El Sr. Stangerson se levantó, y, colocándose á cincuenta centímetros de la puerta del *Cuarto Amarillo*, dijo con voz incolora, con voz que calificaré de muerta:

—Estaba yo aquí. A eso de las once, después de haber procedido, en los hornillos del laboratorio, á un corto experimento de química, había yo corrido mi mesa de trabajo hasta aquí; pues el tío Santiago, que empleó toda la velada en limpiar algunos de mis aparatos, necesitaba todo el sitio que había detrás de mí. Mi hija trabajaba en la misma mesa que yo. Cuando se levantó después de haberme dado un beso y de haberse despedido del tío Santiago, tuvo, para entrar en su cuarto, que deslizarse con cierta dificultad entre mi mesa y la puerta. Esto le dice á usted que estaba yo muy cerca del sitio en que iba á cometerse el crimen.

—¿Y esa mesa, interrumpió yo, tomando parte en la conversación, con lo cual obedecía á los deseos de mi jefe..., esa mesa, no bien oyó usted, Sr. Stangerson, gritar: «¡Al asesino!» y cuando sonaron los tiros de revólver..., esa mesa, ¿qué fué de ella?

El tío Santiago contestó: —La echamos contra la pared, aquí, casi en el sitio que ocupa ahora, con objeto de poder precipitarnos fácilmente sobre la puerta, señor actuario...

Seguí mi razonamiento, al que, por cierto, sólo le concedía yo un valor de débil hipótesis.

—¿Tan cerca del cuarto estaba la mesa, que un hombre que saliera encorvado del cuarto y se deslizara bajo dicha mesa hubiera podido pasar inadvertido?..

—Olvidan ustedes una vez más, interrumpió el Sr. Stangerson con marcado cansancio, que mi hija había cerrado su puerta con llave y con cerrojo, que la puerta quedó cerrada, que estuvimos luchando contra esa puerta desde que comenzó el asesinato, que ya estábamos forcejeando para abrirla mientras

continuaba la lucha del asesino de mi pobre hija, que aún llegaban á nosotros los ruidos de dicha lucha, y que oíamos la jadeante respiración bajo el apretón de los dedos cuya señal se ve aún en su cuello. Por rápido que haya sido el ataque, tan rápidos como él fuimos nosotros, y en seguida estuvimos detrás de esa puerta que nos separaba del drama.

Me levanté y me fui á la puerta, examinándola con sumo esmero. Después volví á mi sitio, descorazonado.

—Imaginen, dije, que la parte inferior de esta puerta haya podido ser abierta *sin por eso tener que abrir la puerta*, y quedaría resuelto el problema... Pero, por desgracia, esta hipótesis es inadmisibile, después de examinada la puerta; pues se trata de una resistente puerta de roble, hecha de tal manera que constituye un todo inseparable... A pesar de los destrozos que ha sufrido, se ve claramente lo que digo.

—¡Ya lo creo!, exclamó el tío Santiago; como que es una antigua y fortísima puerta del castillo..., una puerta como ya no se hacen hoy. Hemos necesitado esta barra de hierro para forzarla, entre cuatro que éramos, pues la portera ayudó como una valiente que es, señor juez. No puedo acostumbrarme á ver presos á esos infelices...

No bien hubo pronunciado el tío Santiago esta frase de piedad y de protesta, cuando de nuevo dieron rienda suelta los porteros á sus lloriqueos y á sus quejas; nunca he visto á acusados tan llorones; la verdad, me daban asco (1). Aun admitiendo su inocencia, no comprendía yo que dos seres pudieran hasta ese punto carecer de carácter ante la desgracia. Una actitud resuelta vale más, en semejantes momentos, que todas las lágrimas y todas las desesperaciones, las cuales, las más de las veces, son fingidas é hipócritas.

—¡Repito que basta de jeremiadas!, exclamó el Sr. de Marquet, y digannos, en su interés, qué hacían ustedes bajo las ventanas del pabellón, en momentos en que intentaban asesinar á su ama de ustedes. Pues estaban ustedes cerquita del pabellón cuando el tío Santiago les encontró...

—¡Veníamos en socorro de la señorita!, gimió la pareja.

Y la mujer, entre dos sollozos, dijo: —¡Si tuviéramos entre las manos, al asesino, ya sabríamos despacharlo!..

Y nos fué imposible sacar de ellos dos frases sensatas seguidas. Siguieron negando con obstinación, jurando por Dios y por los Santos que estaban acostados cuando oyeron el tiro de revólver.

—Mienten ustedes, pues dos son los tiros disparados. De haber oído uno, debieron de oír el otro.

—¡Sólo uno oímos, el segundo, señor juez! Dormíamos aún cuando tiraron el primero.

—Dos fueron los disparos, no hay duda en eso, afirmó el tío Santiago. Estoy seguro de que todos los cartuchos de mi revólver estaban intactos; hemos encontrado dos cartuchos quemados, dos balas, y oído dos tiros detrás de la puerta. ¿No es así, señor Stangerson?

—Sí, dos tiros: uno sordo y el otro muy sonoro.

—¿Por qué seguir mintiendo?, exclamó el Sr. de Marquet volviéndose hacia los porteros. ¿Creen que la policía es tan necia como ustedes? Todo prueba que estaban ustedes fuera, cerca del pabellón, en el momento del drama. ¿Qué hacían ustedes allí? ¿No quieren decirlo? Su silencio prueba su complicidad. Y yo, dijo volviéndose hacia el Sr. Stangerson, yo no puedo explicarme la huída del asesino más que por la ayuda aportada por estos dos cómplices. Una vez forzada la puerta, mientras usted, Sr. Stangerson, se ocupaba de su desgraciada hija, el portero y su mujer facilitaban la huída del miserable, que detrás de ellos se ocultó, llegó hasta la ventana del vestíbulo y de ahí saltó al parque. Y el portero volvió á cerrar la ventana y los postigos. *Porque, en fin, esos postigos no se han cerrado solos...* Este es mi parecer; si á alguien se le ocurre otra cosa, que lo diga.

El Sr. Stangerson intervino:

—Eso es imposible. No creo en la culpabilidad ni en la complicidad de mis porteros, aunque no comprendo qué hacían en el parque á esas horas. Digo es imposible, porque la portera tenía la lámpara en la mano y no se movió del umbral del cuarto; porque yo, una vez forzada la puerta, me arrodillé cerca del cuerpo de mi hija, y era imposible salir ó entrar en aquel cuarto sin pasar por encima del cuerpo de mi hija y sin atropellarme á mí. Es imposible, porque el tío Santiago y el portero acudieron en seguida á mirar bajo la cama, y vieron que no había nadie en el cuarto, salvo mi agonizante hija.

—¿Qué opina usted, Sr. Darzac, usted que nada ha dicho aún?, preguntó el juez.

El Sr. Darzac contestó que no tenía opinión.

—¿Y usted, señor jefe de la Seguridad?

Hasta entonces, lo único que había hecho el señor Dax, jefe de la Seguridad, era escuchar y examinar los lugares; pero al fin se dignó despegar los labios:

—Sería menester, mientras se da con el criminal, descubrir el móvil del crimen. Esto nos adelantaría algo.

—Señor jefe de la Seguridad, el crimen aparece como bajamente pasional, contestó el Sr. de Marquet. Los rastros dejados por el asesino, el pañuelo burdo y la boina indecente nos hacen creer que el asesino no pertenece á una muy elevada clase de la sociedad. Quizá pudieran informarnos sobre eso los porteros...

El jefe de la Seguridad se volvió hacia el señor Stangerson, y con ese tono frío que, según mi parecer, es el distintivo de las inteligencias firmes y de los caracteres bien templados, le dijo:

—No iba á casarse dentro de poco la señorita Stangerson?

El profesor miró dolorosamente á D. Roberto Darzac.

—Con mi amigo, á quien tanto me hubiera gustado poder dar el título de hijo..., con D. Roberto Darzac...

—La señorita Stangerson sigue mucho mejor, y pronto se repondrá de sus heridas. De modo que esto no es más que un retraso aportado al matrimonio; ¿no es así, señor mío?, insistió el jefe de la Seguridad.

—Así lo espero.

—¡Cómo! ¿No está usted seguro?

El Sr. Stangerson se calló. El Sr. Darzac estaba muy agitado, bien se veía en el temblor de su mano: á mí no se me escapa nada. El Sr. Dax tosiqueó; lo mismo hacía el Sr. de Marquet cuando estaba perplejo.

—Comprenderá usted, Sr. Stangerson, que en tan enredado asunto no desperdiciemos nada, que tratemos de saber cuanto se relaciona con la víctima, por insignificante que parezca un detalle. ¿Qué es lo que le ha hecho á usted creer, puesto que casi podemos afirmar que la señorita Stangerson vivirá, que ese matrimonio no ha de efectuarse? Ha dicho usted: «Espero que sí.» Tal esperanza me aparece como una duda. ¿Por qué duda usted?

El Sr. Stangerson hizo un visible esfuerzo sobre sí mismo:

—Sí, señor, tiene usted razón. Vale más que sepan ustedes una cosa que, de ocultársela yo, parecería tener importancia. Además, el Sr. Darzac será de mi parecer.

El Sr. Darzac, cuya palidez en aquel momento me pareció del todo anormal, hizo seña de que pensaba como el profesor. Para mí, si el Sr. Darzac contestó sólo por señas, es porque no podía pronunciar una sola palabra.

—Sepa usted, señor jefe de la Seguridad, prosiguió el Sr. Stangerson, que mi hija había jurado no abandonarme nunca, y que cumplía su promesa á pesar de mis ruegos, pues varias veces traté de decidirla al matrimonio, como era mi deber. Hacía muchos años que conocíamos al Sr. Darzac. Don Roberto Darzac ama á mi hija. En cierto momento, pude creer que era correspondido, puesto que tuve, ha poco, la alegría de oír de labios de mi misma hija que por fin consentía en un matrimonio que yo tanto deseaba. Ya soy viejo, señor, y fué para mí una hora bendita aquella en que supe por fin que, cuando yo faltara, mi hija tendría á su lado, para quererla y continuar nuestras comunes tareas, á un ser á quien quiero y estimo, tanto por sus condiciones morales como por su ciencia. Es, pues, el caso que, dos días antes del crimen, por motivos sin duda secretos, por caprichos, no sé por qué, me anunció mi hija que no se casaría con el Sr. Darzac.

Hubo un silencio molesto; el instante era grave. El Sr. Dax repuso:

—¿Le ha dado á usted alguna explicación su señora hija?

—Me ha dicho que ya era demasiado vieja para casarse..., que había esperado demasiado..., que lo había pensado bien..., que estimaba y hasta quería al Sr. Darzac..., pero que valía más que quedaran como estaban; que sería feliz viendo al Sr. Darzac cada vez más íntimo en la casa, pero sólo como amigo y sin que nunca más le hablase de matrimonio.

—Eso es extraño!, murmuró el Sr. Dax.

—Es extraño, repitió el juez.

El Sr. Stangerson, con pálida y helada sonrisa dijo:

—Por este lado no darán ustedes con el móvil del crimen.

El Sr. Dax:

—En todo caso, el móvil no es el robo.

(Se continuará.)

(1) Recuerdo al lector que me limito á transcribir la prosa del actuario y que no he querido quitarle nada de su amplitud y de su majestad.

(1) Textual.

NOTAS DEPORTIVAS.—LA AVIADORA SEÑORA FRANK.—LA VUELTA Á FRANCIA EN BICICLETA

¡Otra nueva víctima de la aviación! O, por mejor decir, dos nuevas víctimas, aunque una de ellas no se contara en el número de los cultivadores del deporte de la navegación aérea y haya encontrado la muerte no lanzándose en los aires en aeroplano á arrostrar los peligros y á gozar de las gratas sensaciones de tan arriesgado deporte, sino actuando simplemente de espectador, mientras contemplaba las evoluciones que en el espacio efectuaba una atrevida aviadora.

El día 1.º de este mes, la Sra. Frank volaba en un biplano en el aerodromo de Boldon (Inglaterra) cuando el aparato, por haber chocado con un mástil de señales, cayó desde una altura de siete ú ocho metros. La aviadora resultó con varias heridas y con un brazo y una pierna fracturadas.

Y no fué ésta la única desgracia que causó el accidente, puesto que el aeroplano, al caer, cogió debajo á un joven espectador dejándolo muerto.

La Sra. Frank ha hecho sus estudios y prácticas de aviación en la escuela de Mourmelon, y el día antes de su caída efectuó en Newcastle on Tyne un vuelo notabilísimo, el primero importante que hasta entonces había realizado, haciendo una larga excursión aérea por el campo, pasando por encima de varias poblaciones y aventurándose en el mar, sobre el cual permaneció 28 minutos á una altura entre 120 y 150 metros. Un público numeroso que presenció su hazaña, tributóle, al descender, una ovación calorosa.

La simpática aviadora habíase propuesto, hace po-

cos días, atravesar el canal de la Mancha en su biplano y había ya hecho todos los preparativos necesarios; pero la persistencia del mal tiempo impidióle

Organizada por el diario parisiense de deportes *L'Auto*, hase efectuado recientemente la gran prueba ciclista de «La vuelta á Francia» que comenzó el día 3 del pasado julio en París y terminó en París también el día 31.

El recorrido total era de 5.000 kilómetros, distribuidos en las quince etapas siguientes: día 3, París-Roubaix (272 kilómetros); día 5, Roubaix-Metz (398); día 7, Metz-Belfort (259); día 9, Belfort-Lyón (309); día 11, Lyon-Grenoble (311); día 13, Grenoble-Niza (346); día 15, Niza-Nimes (345); día 17, Niza-Perpignan (216); día 19, Perpignan-Bagnères-de-Luchón (289); día 21, Bagnères-de-Luchón-Bayona (325); día 23, Bayona-Burdeos (269); día 25, Burdeos-Nantes (391); día 27, Nantes-Brest (321); día 29, Brest-Caén (415); y día 31, Caén-París (218).

En la prueba tomaron parte 134 corredores, entre ellos los más reputados velocipedistas franceses, belgas é italianos; ocioso nos parece decir que fueron muchos los que se retiraron antes de terminarla.

Algunas etapas, como las que se desarrollaron

en los Pirineos, eran extremadamente difíciles; para comprender las dificultades que han debido vencer los corredores y la energía y resistencia de que han debido dar muestra, baste decir que en aquellas etapas han tenido que recorrer 600 kilómetros de montañas, subiendo cuestas de 15, 16 y 17 kilómetros seguidos, descendiendo por pendientes vertiginosas, bordeando abismos profundos y siguiendo caminos malísimos con terribles curvas.



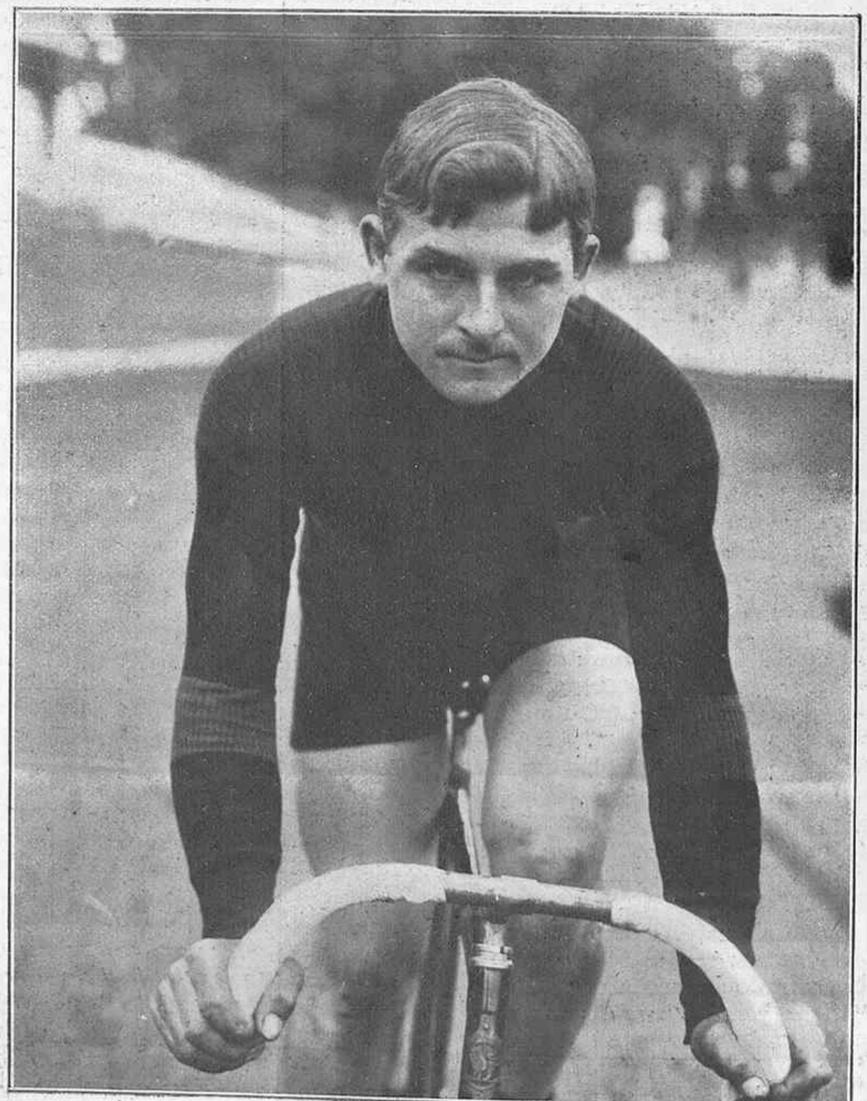
La aviadora señora Frank, gravemente herida á consecuencia de una caída durante un vuelo. (De fotografía de M. Rol.)

intentar su hazaña, aunque no le hizo desistir definitivamente de ella, puesto que estaba resuelta á llevarla á cabo en cuanto mejorasen las circunstancias atmosféricas.

El accidente que acaba de sufrir ¿la hará variar de resolución? No es probable, ya que los contratiempos más bien que de escarmiento parecen servir de acicate á los que se dedican á ejercicios ó deportes peligrosos.



LAPIZE, ganador del primer premio



FABER, ganador del segundo premio

La prueba ciclista de «La vuelta á Francia», organizada por el periódico «L'Auto.» (De fotografías de M. Branger.)

De los 134 inscritos, sólo 41 corrieron la décima-quinta etapa habiendo resultado vencedor de la prueba Octavio Lapize, corredor francés, ganador de las anteriores carreras París-Roubaix y París-Bruselas, y habiendo llegado en segundo y tercer lugar Francisco Faber y Garrigou respectivamente. El premio de los aislados lo ha obtenido Cruchón.

He aquí ahora lo que han ganado los principales corredores: Lapize, 7.525 francos; Faber, 4.085; Garrigou, 2.375; Paul, 1.605; Vanhouwaert, 1.570; Cruchón, 1.420; Crupeland, 1.310; Maitrón, 925; Paul, 885; Paulmier, 825; Lafourcade, 480; Blaise, 435; Albini, 425; Azzini (E.), 385; Cornet, 300; Azzini (L.), 285; Bettini, 260; Menager, 210; Ringeval, 180; Pardón, 140, y Deloffre, Saillot, Leblanc, Fleury, Habierre y Riou, 100 cada uno.

El público numerosísimo que en el velódromo del Parque de los Príncipes, término de la prueba esperaba á los corredores, aclamó con entusiasmo á éstos á medida que fueron llegando; y cuando se proclamó el triunfo de Lapize una ovación estruendosa saludó al vencedor.

La prueba de «La vuelta á Francia» de este año ha sido la octava de las organizadas por *L'Auto*; en las anteriores, vencieron: en 1903, Garín; en 1904, Cornet; en 1905, Trousselier; en 1906, Pottier; en 1907, Petit-Bretón; en 1908, Petit-Bretón; y en 1909, Faber.—S.

LA CAPILLA EXPIATORIA

DE MONZA

A raíz del asesinato del rey Humberto de Italia, el nuevo rey, Víctor Manuel III, quiso erigir en el mismo sitio en donde aquel hecho infame se consumara un monumento que perpetuase la memoria de su augusto padre. Consultó, al efecto, su idea con el ilustre arquitecto Sacconi y éste aconsejó que, así como donde muere por desgraciado accidente un hombre suele levantarse una cruz, se levantara también una cruz, monumental y asentada sobre una columna de Italia, allí donde había sido derramada la sangre del rey Humberto. Y al ser preguntado acerca de los símbolos que habrían de adornar aquella cruz, contestó: «Únicamente el símbolo de la piedad cristiana: la Virgen con el cuerpo exánime de su divino Hijo sobre sus rodillas.»

Tal fué el proyecto de la capilla expiatoria cuya inauguración se efectuó el 29 de julio último, décimo aniversario del regicidio.

lastrase ve la *pedra negra* que señala el punto exacto en donde el llorado monarca fué asesinado en 29 de julio de 1900. Encima de la cripta está la capilla expiatoria, toda ella de hermosos mármoles y pórfidos de colores; la cúpula es de mosaico y en ella están figurados los santos de la casa de Saboya; las ventanas son de ónice transparente.

De la capilla arranca la columna itálica, de piedra gris, y en ella aparece incrustada una cruz colosal de ónice alabastrino de Argel que, iluminada por dentro, produce un efecto emocionante; sobre la cruz y coronando la columna, hay un enorme almohadón de bronce con la corona y el cetro reales.

Al pie de la cruz, encima de la puerta de la capilla, está el hermoso grupo de la Piedad cristiana ejecutado por el notable escultor Luis Pagliaghi y que tiene unos cuatro metros de alto por otros tantos de ancho. Sacconi había proyectado que este grupo fuese de escultura policroma, hecho con mármoles blancos, negros y violáceos; pero como las condiciones climatológicas de Italia hacen imposible el empleo combinado de estos materiales, muy frecuente en los países del Norte, decidióse que la obra fuese modelada en bronce. Pagliaghi ha conseguido, sin embargo, un efecto bellísimo haciendo que el cuerpo de Cristo fuese perfectamente bruñido y dejando en cambio sin bruñir los ropajes de la Virgen sobre que aquél descansa.

El espacio que ocupa el monumento ha sido cercado con una artística verja.

La capilla expiatoria, como hemos dicho, se inauguró solemnemente el día 29 del mes próximo pasado, habiendo asistido á la ceremonia las autoridades de Monza y representantes de numerosas asociaciones y de más de cien municipios italianos.

El triste aniversario se conmemoró también en el resto de Italia. En Roma, dijose una misa en el Panteón, en donde está enterrado el rey Humberto, con asistencia del rey Víctor Manuel III, de la reina madre, de los ministros y de las autoridades.

Por la tarde, una comitiva en la que figuraban delegaciones de las municipalidades y de las asociaciones patrióticas de toda Italia, fué al Panteón á depositar coronas sobre la tumba del soberano.

En Nápoles y en Florencia presidieron las ceremonias religiosas el duque de Aosta y el conde de Turín respectivamente.—D.



Monza.—La capilla expiatoria erigida á la memoria del rey Humberto de Italia, obra del arquitecto Sacconi, continuada por su discípulo Cirilli, cuya solemne inauguración se efectuó el 29 de julio último, décimo aniversario del asesinato de aquel rey. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Cinco años después, en 1905, falleció Sacconi, cuando sólo estaban construidos el pedestal y la capilla, y para terminar la obra fué designado su discípulo predilecto Guido Cirilli, quien ha realizado cumplidamente la concepción por su maestro.

El monumento, cuya altura total es de 35 metros, álzase sobre una gradería y un basamento, de forma octógona; debajo de una y otro ábrese la cripta, de mármoles rojo, amarillo y verde, con adornos de bronce, en cuyo centro y sostenida por robustas pi-

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada.—Cuatro tomos: 55 pesetas. Montaner y Simón, editores.—Aragón, 255, BARCELONA

HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA + CLOROSIS

APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS

Las Auténticas

PÍLDORAS DE BLANCARD

de Paris (2 á 6 al día)

no se venden sueltas

EXÍJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE

JARABE DE BLANCARD

Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)

DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES

LEUCORREA + DEBILIDADES

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el El más activo y económico, el único inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadrados, 100 pesetas

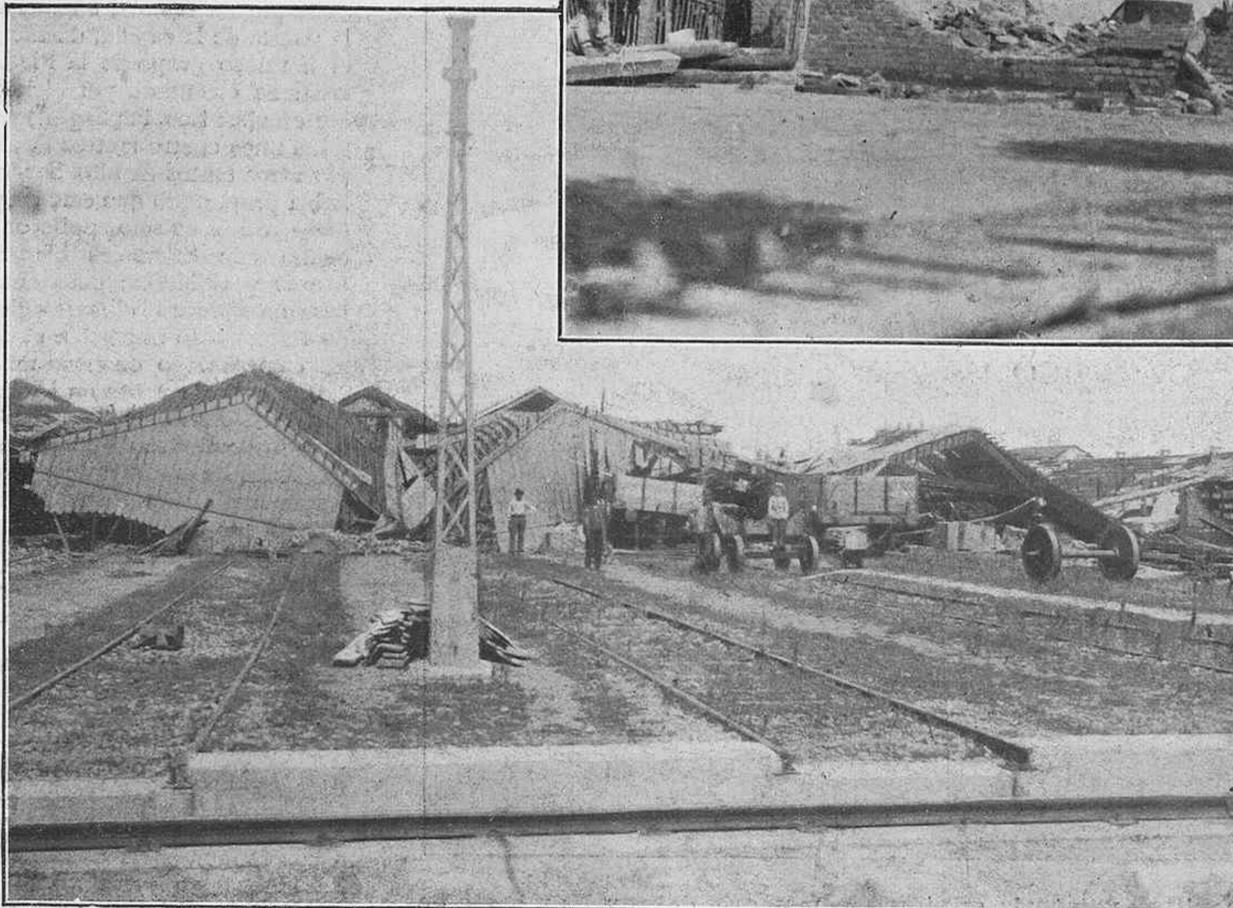
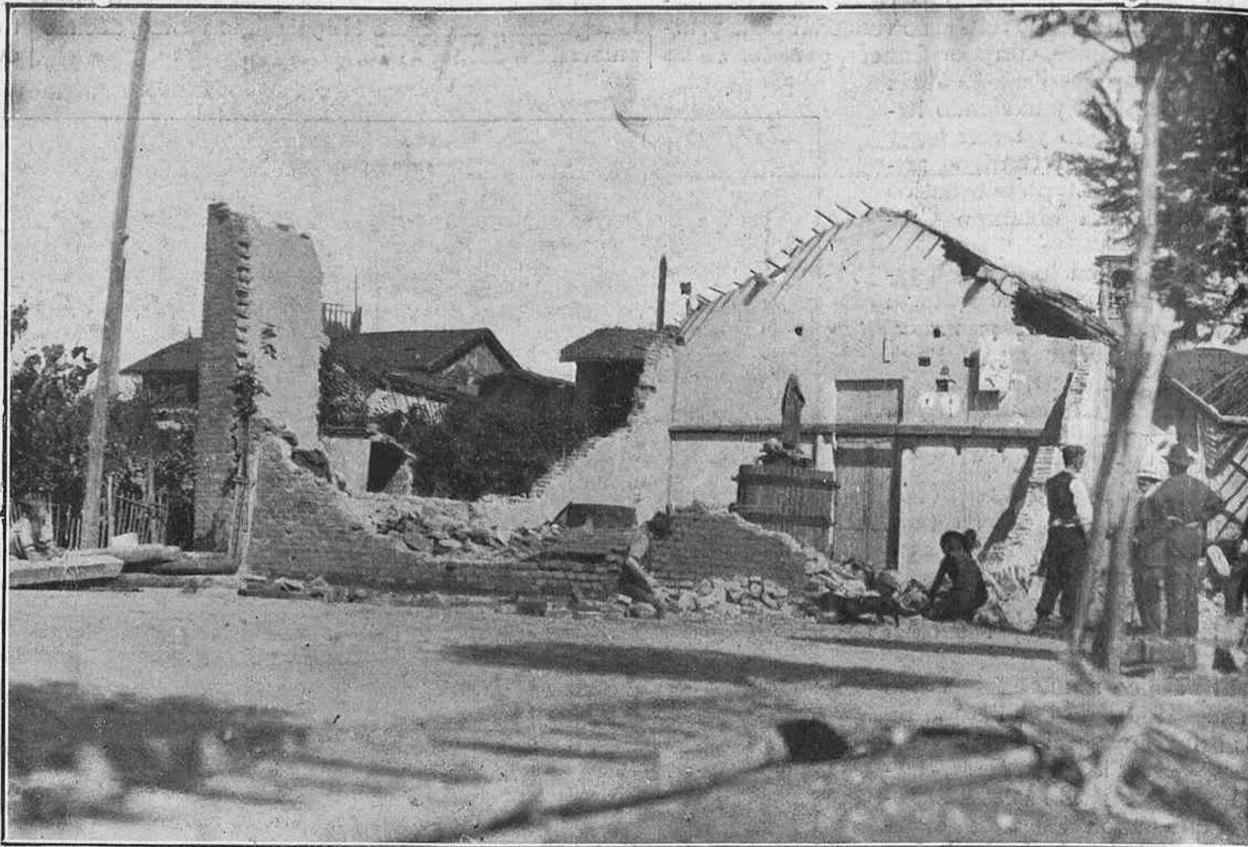
UN CICLÓN EN ITALIA

En la tarde del 23 de julio último, se desencadenó sobre algunas regiones de Italia un espantoso ciclón que causó gran número de víctimas y daños muy importantes. Las comarcas más perjudicadas han sido las de Milán, Bérgamo y Monza, muy singularmente el territorio comprendido entre las poblaciones de Saronno, Rovellazza y Lomazzo.

En Saronno no ha quedado ningún edificio indemne y muchos de ellos presentan enormes grietas; los talleres del ferrocarril del Norte Milán han sufrido considerables destrozos, según puede verse en el grabado adjunto; los muertos á consecuencia de la catástrofe han sido tres.

En Solaro, el ciclón derribó una fábrica de ladrillos; de entre sus escombros fueron retirados catorce cadáveres y veinte heridos, tres de ellos muy graves.

En Busto-Arsizio derrumbáronse las chimeneas de una fábrica, cayendo sobre los obreros que en ella trabajaban, matando á diez é hiriendo gravemente á muchos más.



Saronno.—Los talleres del ferrocarril del Norte-Milán, gravemente perjudicados por el ciclón

Busto-Arsizio.—Una casa destruída por el ciclón. (De fotografías de «Argus Photo Reportage.»)

En Mosciano hubo también quince víctimas y grandes destrozos en edificios.

El número total de muertos causados por el violento ciclón se calcula que excede de cincuenta; el de heridos supónese que se eleva á muchos centenares. Y en cuanto á los daños materiales, ya hemos dicho que son de gran importancia, pues aparte de lo que han sufrido los edificios, las pérdidas de las cosechas significan cantidades muy cuantiosas.

El mismo día que en Italia, ocurrieron en el Sur, en el centro y en el Oeste de Alemania terribles tempestades que en Nuremberg, Colonia, Tréveris, Chemnitz, Hannóver, Coburgo y otras poblaciones, derribaron casas, arrancaron árboles y asolaron campos, aunque afortunadamente no ocurrieron allí desgracias personales.

También las hubo en Transilvania (Hungría), ocasionando grandes daños y la muerte de veinticinco personas.

En algunos puntos el huracán fué tan fuerte que levantó y arrastró varios carros.



Agua mineral natural **TONA ROQUETA**

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).

EXIJESE el Sello de la Union des Fabricants y la Firma DELABARRE

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub⁹ Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN